



UAN

UTÓNOMA DE NUEV

CCION GENERAL DE BIBLIOTEC



JOAQUIN
DICENTA



TRAPERIAS

PQ6607
.I3
T7

64
99



1020027636



U A N I L



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE LEÓN

FONDO
RICARDO COVARRUBIAS

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS





2.
TRAPERÍAS

UANL

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS
RICARDO GONZÁLEZ GONZÁLEZ

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

Núm. Clas. 868.62
Núm. Autor 55462
Núm. Adq. 33313
Procedencia 8-
Precio
Fecha
Clasificó
Catalogó

DE VENTA EN ESTA CASA EDITORIAL

TINTA NEGRA

por Joaquín Dicenta

Dibujos de

MUÑOZ LUCENA

y

ANGEL PONS

TRAPERÍAS

por

JOAQUÍN DICENTA

Un volumen de cerca de 300 páginas, con profusión de dibujos de esmeradísima impresión y excelente papel, 3,50 pesetas.

MADRID
LÓPEZ DEL ARCO, EDITOR
Don Ramón de la Cruz, 18.

098558

33313

863
D.

PQ 6607
I3
L7



FONDO
RICARDO COVARRUBIAS

ES PROPIEDAD



BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"
FONDO RICARDO COVARRUBIAS

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA

MADRID.—1905
IMPRENTA DE FELIPE MARQUÉS,
Madera, núm. 11, bajos.

La cebra

Por la Carrera de San Jerónimo va y viene el torbellino ciudadano, describiendo espirales de carne elegantemente vestida. Del torbellino salen un eco mixto de voz humana y pateo de bestia y un vaho agrio, donde el tocador y la cuadra se funden. Las espirales de carne bien vestida chocan contra los escaparates de las tiendas, se rompen al envite de los carruajes, se refuercen sobre bocacalles y puertas, se apretujan en aquel angosto desfiladero iluminado por las luces eléctricas y se deshacen al tocar la Puerta del Sol, para desvanecerse poco á poco en la atmósfera gris.

Esa multitud bien portada que tiene el gusto exquisito de pensarse todos los días, de seis á siete de la tarde, en la Carrera de San Jerónimo,

lleva sobre sus cuerpos el *marchamos* de la moda y de la costumbre.

Los bigotes de los caballeros y los peinados de las damas tienen, respectivamente, la misma elevación; las levitas y los corpiños, igual corte; los pantalones y las faldas, confecciones parejas. Ni un sombrero se atreve á subir una línea más que los otros, ni un tacón de bota á ostentar una tapa menos que sus congéneres. Todos, hembras y varones, andan á igual paso; todos sonríen en idéntica forma; todos se estrechan la mano con parecido movimiento. ¡Santa y dulce uniformidad de ropas y gestos, que transforma á los hombres en munición humana fabricada á máquina, y por gruesas!

Santa y dulce uniformidad exterior, á la que generalmente corresponde la interior uniformidad de pensamientos y conciencias que se esclavizan á los despotismos sociales, como se esclavizan los cuerpos á los despotismos de la moda. Santa y dulce uniformidad, que nos hace inclinarnos reverente, humilde, servilmente ante las torpezas de una ley ó de una costumbre, como nos inclinamos reverente, humilde, servilmente también ante las extravagancias de un sastre ó las estulteces de un modisto.

¡Santa y dulce conformidad! ¡Sabia y cómoda nivelación humana, que acatamos por fuera igual que por dentro! ¡Gracias á ti, el cuerpo hermoso de la mujer, tan divinamente remarcado por la túnica griega y germánica, se ha convertido en antiestético maniquí, donde ballenas, elásticos y ahuecadores oprimen y caricaturizan las curvas deliciosas que la Naturaleza regaló á nuestras hembras! ¡Gracias á ti, los cerebros se encogen, las conciencias se reducen, las voluntades se achican, y los hombres aparecemos metidos en la sociedad como trigo en medida por la que el medidor pasa cuidadosamente el raserol!

Declaro que me crisan los nervios esas imposiciones de la moda, esos decretos de la costumbre, esos despotismos sociales que regulan y uniforman nuestro vestido, nuestro paso, nuestras actitudes, nuestro lenguaje, nuestras ideas, nuestros sentimientos, nuestro ser entero, para convertirnos en monigotes del *pim, pam, pum*, que van y vienen á merced del pelotazo que reciben.

Mi condición, buena ó mala, pugna contra esos apaisamientos humanos, donde todo se reglamenta, las levitas y los sesos, los corazones y las botinas. Cuanto significa desnivelación, rebeldía, contraste, me seduce y me atrae.

Ello será muy censurable, pero así es. De ahí que me atraiga y me seduzca una criatura que todas las noches se acerca á la puerta de Lhardy, metiéndose entre caballeros y señoras, con su traje de colorines y su cara morena y sus ojos sombríos y su boca llena de luz.

Es una gitana. Su pelo cae en greñas al largo de las mejillas bronceadas; el peine se cuida poco en alisarlo; en cambio el sol lo azula y el resplandor de los focos eléctricos lo vuelve azabache; su boca, cuando ríe, se abre de par en par, enseñando los dientes blancos, más blancos aún sobre el rojo obscuro de la encía; su lenguaje es rudo; su vestir desaliñado; su andar brusco y sensual; por su boca salen palabras de un idioma extraño; por el pliegue de su mantón la cabeza de un niño que ríe con los ojos y balbucea sílabas con los labios. Acaso ningún sabio estudió el idioma que habla aquella mujer; acaso ningún sacerdote prologó el nacimiento de la criatura que lleva la gitana en sus brazos.

Esa gitana no oprime su carne con las ballenas del corsé; las curvas de su cuerpo se destacan valientes, libres de toda sujeción, tras los harapos del traje, bajo las rojas entonaciones del corpiño, entre los pliegues de la faldilla azul; su cabeza

sale del pañuelo carmesí con franqueza, con audacia provocativa de hembra guapa, segura de su poderío.

Allí está, en la puerta de Lhardy, entre señoritos elegantemente sastrados, entre las señoras que lucen atavíos lujosos; allí está, con su belleza exótica, con su desordenada indumentaria, con su incomprensible lenguaje, con sus ojazos llenos de sombra y su boca llena de luz; allí está una y otra noche, rompiendo la santa uniformidad de la multitud que pasea; allí está la criatura humana, salvaje é indómita, refractaria á nuestras modas, á nuestras costumbres, al ambiente social que vivimos, rebelde y hermosa, representando entre los concurrentes á la Carrera de San Jerónimo lo que representaría una cebra entre un grupo de caballos gallardamente enjaezados: la independencia y la rebelión.

Nosotros los civilizados, tenemos, al igual del potro, que resignarnos á la doma; unos resistimos más otros menos, pero todos aceptamos el bocado y sufrimos la silla y obedecemos á la rienda. Eso hace el caballo, la cebra no; con su hermoso cuerpo matizado de rayas, con su andar airoso, con su mirar bravío y hosco resiste la doma, se rebela contra el jinete, rompe el freno, arroja en tierra

los arreos y busca los campos para vivir libre de todo yugo...

Así hace la gitana de Lhardy, la que pasea entre la multitud ciudadana sus harapos y su independencia y su hermosura; la que se mofa de los señoritos que la cortejan y sólo piensa en su hombre, en el macho de su misma raza, en el que la aguarda allá lejos, en las afueras de Madrid, donde el horizonte es más amplio y el aire más puro.

Así hace la gitana; y yo muchas veces, cuando observo el afán que las modernas sociedades sienten por anular al individuo, por encajonarlo, por uniformarlo, por convertirlo en munición humana, tengo envidia á la zingara, á la rebelde criatura que se acerca todas las noches á la puerta de Lhardy, con su traje lleno de colorines y sus ojos preñados de sombra y sus labios plétóricos de luz.

La paloma.

Estábamos juntos, al pié de la enorme cascada que fué herida por los rayos del sol sobre su ancha taza de granito. *Cola de caballo* llaman en Piedra á esta cascada y tal parece, sólo que es cola de un caballo monstruoso, cuyo frenético galopar imita el torrente en su viaje hacia el salto.

Tiene *la cola de caballo*, á más de otras bellezas, ser cortinón á medio correr sobre una gruta que sirve de palacio y de nido á un ejército de palomas.

Estas palomas salen y entran por los huecos que deja libres la cortina de espumas; y bañan su pluma en las gotas de agua salpicadas por el torrente, y vuelan en torno de la taza, y se acarician

sobre las rocas cubiertas de musgo, y se saludan desde los arbustos arraigados en el despeñadero, y dan juntas un paseo cerca del cielo azul, antes de dormirse formando parejas sobre el nido que plumonearon sus picos.

Allí estábamos: era nuestro cotidiano paseo, en aquella deliciosa temporada de olvidos y amor. En aquel divino salto, otras de nuestras juventudes, próximas á extinguirse, parecíamos dos chicos que empiezan á ser mozos, siendo realmente un hombre y una mujer que se resistían á ser viejos.

Ella en los treinta y cinco, yo en los treinta y ocho... Sin embargo, dábamos envidia á las parejas nuevas con las efusiones de nuestro amor; y es, que nuestro amor unía, á las frescuras de la mocedad las experiencias de la marudez; es que el amor de las parejas nuevas era el primer amor; el nuestro podía ser el último; y el último amor hace con los amantes lo que hace el sol con el cielo en el crepúsculo vespertino: cubrirle de fuego y de púrpura y de oro antes de llenarle de sombras.

La cola de caballo era nuestro predilecto refugio. Frente á sus espumas y al pié de un árbol gigantesco de sombra y fragancia perennes, nos

íbamos á sentar los dos: ella con un libro de Anunzio *Puoco*; yo con unas cuartillas, donde mi lápiz trasladaba en forma de renglones torcidos la poca ó mucha inspiración que bullía en mis sesos.

De vez en cuando dejaba ella de leer para mirarme; de vez en cuando dejaba yo de escribir para besarla con los ojos en unos momentos, en otros sin necesidad de embajadores.

También hablábamos, como hablan los artistas en sus minutos de pasión; prolongando el cielo hasta envolver toda la tierra con su azul; idealizando la vida, borrando el pasado y haciendo del presente hermoso pasado y porvenir, todo junto.

Yo llevaba siempre conmigo una escopeta. La llevaba como hubiese podido llevar un bastón ó un paraguas; menos aún; el bastón me hubiese servido para apoyarme; el paraguas para defenderme de la lluvia ó del sol; la escopeta sólo me servía de estorbo. Ni un solo instante en aquellos dos meses de absoluta felicidad tuve intención de dispararla.

Las palomas pasaban y repasaban por encima de mi cabeza sin que yo me enterase de su vuelo con malos propósitos; hubieran podido plegar las alas y colocarse entre nosotros sin temor.

Fuera de nosotros, de ella y de mí, todo cuanto

nos rodeaba carecía de existencia real; más aún, la existencia real nos producía espanto y tedio; de ahí que cuando nos alejábamos de nosotros mismos, buscásemos distracciones en las imaginaciones de Anunzio; de ahí que las buscásemos yo en mis propias imaginaciones.

Aquella tarde, sin embargo, el correo había venido á sacarnos de nuestra nube. Las dos cartas vinieron juntas. No parecía sino que temía cada una de por sí traer sola la mala noticia.

Eran noticias del mundo real que nosotros poníamos empeño en tener olvidado. Obligaciones desatendidas, deberes quebrantados, cosas y criaturas, nuestras víctimas de nuestro egoísmo, se presentaron á nosotros diciéndonos por las bocas negras de las letras escritas: «¿Hasta cuándo? Cuando los corazones tienen puestas sus raíces en un sitio, en ese sitio, por y para esas raíces necesitan vivir.»

Y los dos estábamos tristes. Ya no alzaba ella los ojos del libro de Anunzio para buscar mis ojos; alzábalos para dejarlos perderse en el infinito, para atravesar con ellos leguas y leguas de distancia, y llegar con ellos donde cosas y criaturas suyas lloraban la ausencia y el olvido y el desamor.

Tampoco se alzaban los míos de sobre las cuartillas para buscar los ojos de ella enviándoles besos; también se perdían por el espacio azul; también buscaban cosas y criaturas lejanas, que la carta, la maldita carta volvía á poner delante mí.

Ella cerró el libro con angustia; yo arrugué las cuartillas con rabia. Ella se levantó, echó á andar y se perdió entre la arboleda; yo me levanté casi al mismo tiempo apretando con mi mano nerviosa los cañones de la escopeta.

Un ruido alegre de alas me hizo levantar la cabeza. Cinco ó seis palomas volaban en semicírculo sobre mí; fué rabia, anhelo de matar, muchas cosas á un tiempo... Me eché el arma á la cara, sonó el tiro y una paloma cayó á mis piés aleteando angustiosamente.

Al ruido del disparo, vino ella á mi encuentro.

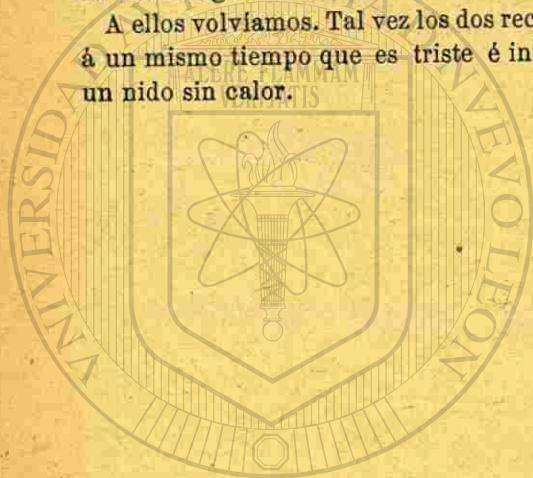
—¿Por qué la mataste?—exclamó.—¿Qué daño te había hecho? Ahí dentro, en su nido, estarán los hijuelos. Pobres hijos aquéllos que cuando necesitan amor y protección se encuentran sin el de la madre ó el del padre!

No nos miramos; echamos á andar uno junto á otro con la vista puesta en la verde alfombra de hierba matizada con amapolas y con margaritas.

Al día siguiente, pálidos, llorosos, nos decíamos ¡adiós!... Un adiós sin vuelta.

Allá lejos, muy lejos, en distintos pueblos, en diversos hogares estaban las raíces nuestras.

A ellos volvíamos. Tal vez los dos recordábamos á un mismo tiempo que es triste é infame dejar un nido sin calor.



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE MÉXICO

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

El oso blanco

Era un admirable disfraz, una imitación escrupulosa de los plantígrados del polo. La piel, cubierta de sedosa pelambre, no precisó otras faenas que las precisas á su acomodamiento en cuerpo de hombre. Pertenecía á un oso muerto á tiros sobre un témpano ártico.

La cabeza, conservada intacta por el disecador, entreabría su bocaza, almenada por la carnicera fantadura. Dilatábanse en aquélla con largueo feo las narices y aún parecían desafiar á los cazadores las pupilas de los dos ojos relucientes y fijos. Separada del cuello, al cual debía atornillarse dejando libre el sitio destinado á la cabeza humana, recostábase la cabeza animal contra una butaca de cuero.

Junto á ella había dos zapatos y un par de guantes, fieles imitadores de las garras con que imperó en vida el fusilado siberiano.

Ningún requisito faltaba al disfraz para ser completo y producir la impresión viva del animalote de las nieves. Curioseábalo el conde, manoseando alegremente las diversas piezas que lo componían y riendo con risa estruendosa de gran señor pronto á divertirse.

Por millones contaba el conde sus monedas de oro, por leguas sus campos, por manzanas sus casas, por docenas sus títulos, por centenares los hombres venidos á este mundo con la exclusiva misión de servirle y trabajar para él. Aquel martes de Carnaval tuvo el capricho de enfardarse en la piel del oso y dar un bromazo á sus amigos.

—¡Buena tarde! ¡Buena tarde me aguarda!—exclamaba el conde entre sudores y esfuerzos provocados por el acoplamiento de la salvaje vestidura.—¡Vengan las zarpas!—añadía, encarándose con su ayuda de cámara.—¡Cálzame!—seguida.—Ya están. Muy bien, perfectamente bien. No hay dificultad alguna en los movimientos. Bueno. ¡Ajajá!... Ahora la cabeza. ¡Vamos, hombre!

El criado, el hombre, como le llamaba bondadosamente su señor, cogió entre sus dos manos la

cabeza de oso y suspendiéndola sobre la cabeza de conde, hizo que ésta desapareciese poco á poco. Luego vino el enroscarla al cuello, el atornillarla en el tronco, faena larga y dificultosa si las hay.

La cabeza de oso se acercaba á los hombros del prócer dando vueltas pausadas, muy pausadas, volviéndose de izquierda á derecha, girando de delante atrás, como si buscara con sus ojos brillantes una presa donde morder, un cuerpo vivo que rasgar, un girón de carne que introducir en el sangriento estuche de su boca.

El conde estaba quieto, inmóvil, perfectamente inmóvil, y reía con alegre y ruidoso reír á cada crujido de las roscas.

—Mucho calor va á darme—decía;—pero puedo mover la cabeza con bastante holgura; los dos boquetes para los ojos y los respiradores para la boca y la nariz caerán en su sitio. ¿Cuántas vueltas faltan, Antonio?

—Una, señor—contestó el criado.—Ya está. Mírese V. E. en el espejo. El conde lo hizo. Al verse dió un salto delante de la luna y soltó una carcajada, estruendosa, interminable, carcajada que al salir por la boca del oso se transformó en rugido feroz.

Así, riendo, se despidió del hombre convertido

por la suerte en criado. El criado despidió, riendo también, al gran señor convertido en bestia.

El sol andaluz transformaba el cielo de Febrero en cielo de Mayo. Deshecho en polvo luminoso, caía á la tierra desde el azul quebrándose en los árboles verdes para caer cernido contra la muchedumbre ocupadora del paseo. Era el astro una risa ardiente y contagiosa que, comunicándose á todos los seres y á todas las cosas, les hacía entonar un himno triunfador. En risas prorrumpían las vegetales hojas al tocarse movidas por el viento: en risas el viento al rozarlas; en risas los pájaros al entreabrir sus picos; en risas las mujeres al oír los galanteos de los hombres; en risas los hombres al ser contestados por el mirar de las mujeres; en risas las máscaras embromadoras; en risas los embromados paseantes... Todo era risa en aquella resurrección de la Grecia antigua, de la reidora inmortal.

Un coro de carcajadas sonó, más estruendoso aún que en parte alguna, hacia la entrada del paseo. Provocábalo la presencia de una máscara, de un oso gigante que avanzaba con majestuosa lentitud al compás de sus patas enormes y de sus

brazos arqueados. Su cabezota rígida, dirigía hacia adelante los ojos pequeños y feroces; la boca se abría como una amenaza ante la multitud, enseñando la doble hilera de sus dientes.

Por aquella boca salía un rugido. Era la risa del plantigrado humano que contestaba á las risas de la multitud.

De repente el oso se vió rodeado de una cuadrilla de cíngaros. ¿Venían con él? Todo llevaba á creerlo así. Eran diez ó doce hombres desarrapados, sucios, mal olientes, de rostros flacos, ennegrecidos por tizne de corcho. El corcho anulaba el color cierto de su piel, pero no habían conseguido ocultar las huellas que el hambre y la miseria grabaron sobre aquellos cuerpos, más abundantes en huesos y tendones, que en carne y sangre.

Gente de baja condición parecían. Mendigos acaso, que se habían transformado en máscaras para seguir pidiendo limosna con arreglo á las exigencias del Carnaval.

Por sus bocas brotaban también risas, risas hiriendo y siniestras. En sus ojos brillaba un contento brutal: el regocijo cruel del alcohol que se exhalaba por sus bocas y lagrimeaba en sus párpados.

Era una comparsa horrible enviada por el hambre á la fiesta.

¿Venían con el oso?... Indudablemente. Así lo juzgó la multitud viendo saltar á éste y volver sus garras contra los húngaros que le azuzaban con sus palos. Así lo juzgó oyendo los rugidos del bruto, rugidos que la cuadrilla coreaba con sus carcajadas y sus voces.

El espectáculo resultaba curioso. Pocas veces llegó la ficción á apoderarse tan exactamente de la realidad.

Cuantas faenas ejecutan los húngaros de nacimiento con los osos de veras, las ejecutaban aquellos húngaros de ocasión con el oso interino.

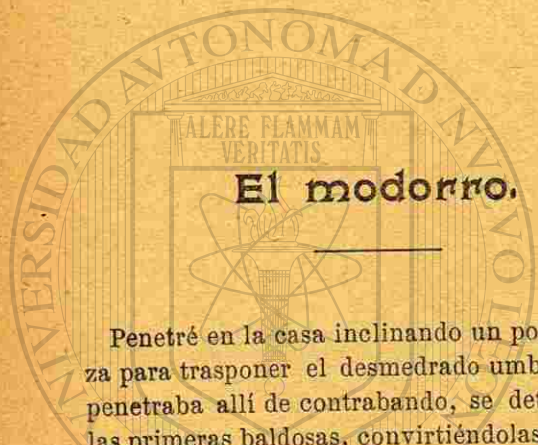
Uno le echó una cuerda al cuello; otro le puso un palo en las manos; otro le hizo llevar, á vergajazo limpio, el compás de la pandereta. Y el oso daba saltos revolviéndose entre la cuadrilla con movimientos y gruñidos de fiera irritada; y el húngaro del látigo se le imponía con actitudes y con gestos de domador; y el húngaro músico aceleraba el bronco tam-tam de su pandera; y toda la caravana reía; reía siempre, siempre, coreada por la multitud que reía y reía siempre, siempre también. Hubo un instante en que el oso cayó de rodillas, extendiendo los brazos, como si implo-

rarse piedad. ¡Mira! ¡Mira! ¡qué bien imita al oso!, gritaba la gente. ¡Si parece de veras! Y todos los espectadores de la farsa reían, y reían los húngaros, y reía el harapiento domador; el oso parecía reír con todos también, lanzando por su boca descomunal bramidos terribles.

Y las risas siguieron, y el oso cayó al suelo rendido ya, y los húngaros le obligaron á levantarse, á seguir detrás de la cuerda dando saltos bruscos y trapiés ridículos; y el oso bramaba tristemente, y el látigo chasqueaba en el aire, y el domador reía, reía siempre, con reír loco, y la multitud reía al par suyo, abriendo paso á la grotesca caravana y acompañándola con el eco alegre de sus risas inextinguibles.

Y las risas siguieron; y el conde, sin poder desprenderse la cabeza, atornillada concienzudamente á su cuello por el ayuda de cámara, continuó siendo juguete de los húngaros y perdióse con ellos en las nieblas grises del crepúsculo; y ya habían desaparecido todos y aún vibraban en el espacio los ecos del borracho reír.

Al amanecer del siguiente día el cuerpo del oso flotaba sobre las aguas del Guadalquivir, y el sol, recién despierto, continuaba riendo sobre él...



El modorro.

Penetré en la casa inclinando un poco la cabeza para trasponer el desmedrado umbral. El sol penetraba allí de contrabando, se detenía sobre las primeras baldosas, convirtiéndolas en muzá-rabes azulejos, y luego, como si le asustaran la humedad y la pobreza del recinto, deshacíase en polvo de oro y volvía á la calle, tejiendo, desde las baldosas á la puerta, una gasa de anémicos matices azules.

Más adentro apenas si llegaba la luz. La vidriera verdosa de un ventanillo entrecruzado por anchas líneas de hoja de lata, mejor era estorbo que paso de la claridad. Con la puerta ocurría lo mismo. La sala se abocetaba confusamente entre melancólicas sombras que permitían entrever paré-

des desnudas, afeitadas con yeso, cuatro ó cinco sillas, una mesa y el arranque del techo, envigado con maderones color de chocolate. El fondo resultaba francamente invisible.

Adivinábanse en él muros negros faltos de relieve y de límite. Era algo así como un abismo que, en lugar de abrirse ante los piés, se abría ante los ojos.

En una de las sillas estaba sentada una mujer. Parecía contar cincuenta años; más tarde supe que tenía treinta. Por su cutis, repujado de costurones, extendíanse las blancuras mate de la es-crófula; sobre su pelo, de un rubio maíz, brillaban las canas como limaduras de plomo; su boca servía de reducto á una guerrilla de careados dientes; encima de su cuerpo reía un justillo, y pin-gajeaba una falda. Al vernos se levantó para coger á un chiquillo, que se revolcaba sobre las baldosas soleadas, remedando un amor de Rubens. El corpiño se abrió, ofreciendo salida á un pecho rugoso, donde el niño hizo presa, mientras la madre murmuraba:

—Asiéntense ustés. Ahora mesmo vendrá.

En las impenetrables tinieblas del fondo escuchóse un ruido, semejante al que producen los grandes reptiles cuando se arrastran por las ro-

cas. El ruido iba acompañado con jadeos de bestia herida. Aquello, fuera lo que fuera, avanzaba hacia nosotros entre la oscuridad. Al llegar aquello donde ésta comenzaba á transparentarse, distinguimos una masa negra que buceaba entre las sombras. La masa ambulante se contorneó poco después, dibujando una cabeza lívida, agarrada á un cuello muy largo, un corpachón que producía al deslizarse contra el suelo restregones lijosos y cuatro remos encogidos que oscilaban torpísimamente para caminar. Envuelto y mal acusado por las sombras, parecía un sapo gigantesco. Al fin salió de ellas; el sol le cedió descaradamente. Era un hombre.

¡Miserable imagen la que nos miraba con sus ojos sin brillo y nos sonreía con su boca sin dientes! La carne, rebujada en un chaquetón y unos pantalones, no debía ser carne, sino una gelatina de hombre.

Tan continuo, tan acentuado, tan oscilante era su temblor, que no podía tener músculos que la afianzaran, ni huesos que la fortalecieran, ni médula que la sirviera de puntal. Pasta, hecha con linfa y sangre y filamentos nerviosos machacados, era, indudablemente, aquel tronco informe y convulso; como eran, no extremidades humanas, ma-

nojos de fibras retorcidas, sujetas las unas á las otras por insegura trabazón, los remos que se apoyaban en la tierra con bailoteo trágico; como era descoyuntado maniquí la cabeza de greñas flotantes y horrible gesticulación que trazaba semicírculos sobre el cuello papiloso acorazado con escamas rojizas.

Nunca vi criatura racional á ésta comparable, imagen humana tan siniestra. Ni los desarticulados que entretienen en el circo á los públicos establecerían con ella pugilato. Ellos horrorizan, espantan, producen escalofríos de asco y dolor al realizar su faena bárbara y volverse reptiles-hombres. Pero cuando su faena termina, el reptil desaparece, el hombre torna á ser amo de sus músculos y, apoyándose en sus puntales óseos, yergue victoriosamente la médula y saluda al público, que aplaude con entusiasmo, más que su labor, su reingreso en la humanidad.

El otro no, el otro no puede mandar á sus músculos como dueño, ni afianzarse á placer en los puntales de sus huesos, ni erguir voluntariamente su médula. Está condenado á arrastrarse contra la tierra, hasta que la tierra se entreabra compasivamente para ofrecerle sepultura. Es hombre-reptil de por vida.

Y si este hombre-reptil fuera producto de un error cometido por la Naturaleza en su taller de criaturas, aún podría mirársele con la angustia que produce el sufrir del prójimo, pero con la resignación que acompaña á lo inevitable. El espectáculo ofrecido por el hombre-reptil que se arrastraba frente á mis ojos, si producía angustia, no producía resignación: producía indignada cólera, porque su desdicha pudo tener remedio; porque aquel hombre no era un error sufrido por la Naturaleza en su taller de criaturas; era un crimen cometido por la sociedad en su inquisición de ciudadanos.

Aquel hombre era una víctima de la mina, un contribuyente del mercurio que platea los criaderos de Almadén. La miseria, las urgencias del mendrugo diario le empujaron hacia el pozo y le metieron en la jaula y le desembarcaron en la galería, enfrentándole con la veta de azogue y poniéndole una piqueta ó un barreno en las manos.

Cuando bajó á la mina por primera vez era un individuo fuerte y ágil. Sus carnes, vivificadas por el sol, fortalecidas por el aire libre de los campos, tenían resistencia y salud; sus huesos crujían con poderoso crujimiento en el engrase de las ar-

ticulaciones; su médula se erguía recta y firme para sostener una cabeza varonil, donde brillaban los ojos con el resplandor de la juventud y sonreía la boca enseñando la dentadura.

Cuando salió por última vez de la mina, era un frasco de mercurio más, un cacho de mineral vivo, útil aún para producir ganancias á sus explotadores, si éstos no vacilaban en entregarle á una prensa destiladora. Salud, energía, músculos potentes, osamenta sólida, médula pronta á erguirse con arrogancia varonil, todo fué deshecho por la mina. El mercurio, penetrando en los pulmones del minero con el aire y en su sangre con el sudor, fué apoderándose poco á poco de él, destruyéndolo, agelatinándolo, convirtiéndolo en masa informe y temblorosa, en sapo del azogue, hasta que un día, terminada su labor destructora y satisfecho de ella en absoluto, le dejó caer sobre la jaula y devolvió á la superficie de la tierra el desperdicio humano que se acercaba hacia nosotros arrastrándose como un reptil y jadeando como una bestia herida.

El miserable llegó cerca de mí; se izó con auxilio de sus brazos bailones sobre una de las sillas; desplomó su cuerpo contra ella; sujetó con sus manos, que temblaban epilépticamente, sus pier-

nas, que temblaban epilépticamente también, apoyó en el duro respaldo su cabeza péndulo y mirándonos cara á cara, nos dijo con voz tartamuda:

—Los señores quieren saber mi vida. Oiganla y Dios les pague el bien que hagan por mí.

Y habló; habló sencilla, humildemente, sin protestas, con resignación de esclavo, hecho desde niño al latigazo y á la argolla.

El habla; no precisan acotaciones para esta relación.

—Hace treinta años—decía aquella cara que pensaba y hablaba—hace treinta años—tenía yo dieciocho—bajé por primera vez á la mina, había que buscarse el pan. Bajé ganando dos pesetas diarias. Diez bajadas mensuales—no puede uno hacer más sin morirse pronto—hacen un jornal de veinte pesetas cada treinta días. ¡Entonces trabajaba yo mucho! ¡Claro! Aún estaba fuerte *pa* pelear con el azogue. Luego el azogue fué pudiendo conmigo y mi cuerpo empezó á temblar con este temblor condena; á ponerse modorro—así se nos llama.—Pero ¡qué remedio! había que seguir trabajando. ¡Qué remedio! O trabajar ó no comer. Un día el temblor aumentó; y mis jefes, viendo que me era imposible bajar *toos* los meses, vamos

un mes, y otro, y otro, me pusieron alterno. Alterno es un mes arriba y otro abajo. Después me pusieron arriba del too, porque no estaba *pa* bajar. El mercurio se hizo el amo de mi *presona* y los temblores se crecieron. Una noche, al volver del trabajo, dando tiritones como siempre, abrí la puerta de mi casa, fuí á andar y se me marcharon los pies y caí en el suelo de espaldas. Creí que se trataba de un resbalón; hice por levantarme apoyándome en las dos manos. ¡Que si quieres! No podía levantarme ya; no podría ponerme derecho *en jamás*: el azogue me había *tumbao, tumbao pa siempre!*... Entonces el señor *diretor* me señaló el retiro: uno pesetilla diaria; lo que le toca á uno cuando ha hecho muchos jornales, ¡muchos! los que he hecho yo *dende* los dieciséis años hasta los treinta y seis. De la peseta nos descuentan los domingos y los días festivos. Total, á bulto, veinticuatro pesetas por mes. Esa es mi historia y aquí estoy *pa* lo que *ustés* gusten de mandarme; y Dios les pague lo que hagan en el mundo por mí.

Y la víctima del azogue, el sapo del azogue, el que produjo durante treinta años, miles de frascos de mercurio que el Estado vende á 300 pesetas cada uno, trató de incorporarse y vino al suelo boca arriba, con pataleo de bestia agónica de:

bada por el cazador... Llegábamos al umbral de la puerta. Me volví para dirigir la mirada al hogar del minero inválido.

La mujer había vuelto á sentarse en la silla; el hombre reptileaba entre las sombras, resoplando y desvaneciéndose por ellas.

Trágico monstruo de la zoología social, desapareció tras las tenebreces del fondo con rumor sordo y lento, mientras el niño, abandonado otra vez contra los ladrillos enrojecidos por el sol, restregaba en ellos sus desnudeces de ángel rubenescos, aguardando que le tocara la hora de bajar á la mina.

Regando flores

La Cárcel Modelo, la rojiza *menagerie* humana que abre el pétreo abanico de su arquitectura sobre la Moncloa y los desmontes del barrio de Argüelles, entristece con el espectáculo de sus muros rígidos; boqueteados por rejas, donde se encaraman los presos codiciosos de libertad y luz; con el de su capilla que, en la cárcel, no es mirador del cielo, sino antesala del patíbulo; con el de su puerta central que un centinela custodia y triples verjas aseguran.

¡Siniestra jaula, en el interior de la cual se revuelven á usanza de fieras que, en la apariencia, sufren los latigazos del domador, y en la realidad afilan sus uñas esperando el desquite, hombres hurraños, para quienes el crimen es carrera, la cár-

el instituto y el presidio universidad! Monstruo que tiene cuerpo de piedra y alma nutridas con rencores; fábrica de sangriento color, amenazadora como un abismo; silenciosa como un *in pace*.

Ese monstruo, al igual de todos los seres, por duros y feroces que sean, guarda su nota idílica, su rincón de poesía y de ternura: el jardín que se alza al pié del edificio, cubierto de árboles copudos, de sombras frescas, de macizos espesos, de flores que embalsaman la atmósfera, de fuentes que, al caer de las aguas, se transforman en palacio de risas; de kioskos que las enredaderas convierten en nidos de placer; donde los pájaros cantan sobre las ramas; los insectos zumban, cortejándose, entre las hierbas; las mariposas escogen los capullos para lechos nupciales; el aire es un perfume; el cielo un dosel; los rayos del sol, filtrados por las copas verdes una caricia maternal.

Todas las mañanas, cuando voy á la Moncloa y cuando vuelvo de ella, hago alto frente á la verja del jardín.

Difícil es que ningún potentado cuide el suyo con mayor esmero y con más artística pulcritud.

La arena de los paseos se desarrolla como un tapiz sin hoyos que la afeen, sin pedruscos que la desigualen; el boj que la encauza, es valla uni-

forme, donde no sobresale una hoja ni una rama despunta; el césped verdea los macizos que se agitan con temblores de lago; las copas de los árboles parecen esmeraldas enormes; los troncos pulimentadas y esbeltas columnas; es la enredadera de los kioskos, cortina brochada sobre la cual pasionarias y campanillas y alelíos cuelgan á cambio de joyeles; los cuadros, inundados de flores, destacan gallardamente el vivo color de los geráneos; las blancas entonaciones de las margaritas, el cutis perfumado de los jazmines, el arlequinesco *potpurri* de las madre selvas, que, recostándose contra el muro, procuran escalarlo con el fin generoso de regalar á los cautivos sus rústicos capullos y sus montaraces esencias.

Las mangas de riego, abriendo sobre aquel jardín su ancho abanico de gotas irisadas por los rayos del sol, vierten contra árboles y céspedes, contra planteles y macizos, lluvia fecundadora que la tierra esponja y las raíces vejetales absorben.

Cuatro hombres realizan esta jardinera labor.

Aquellos hombres visten trajes pardos y redondos gorretes, pardos también; festoneán los vivos amarillos, al igual que las costuras de los pantalones y las bocamangas de las chaquetas. Otro

hombre, que usa ropa azul de dril y gorra blanca de visera con galones dorados, repasa un periódico y se dirige de vez en cuándo á los jardineros para darles un consejo ó una orden.

Los jardineros son cuatro presidiarios. El hombre que los regentea un vigilante.

Por obra de esos cuatro hombres, de esos presidiarios, el jardín crece hermoso, fértil, encantador. Gracias á ellos, los árboles suben al espacio con lozanía gallarda y vuelcan sobre la tierra la fresca sombra de sus ramas; gracias á ellos, el césped verdea agitándose con temblor de lago, y la arena de los paseos se tiende como suave tapiz por el cauce que traza la recortada valla de boj y los kioscos son nidos abiertos al placer, y las flores lucen sobre los cuadros los tonos de sus hojas rebosantes en perfume y color, que pule el agua de las mangas, hecha abanico de gotas arco iris.

Gracias al esfuerzo de aquellos hombres, que, probablemente, no tuvieron amparo en su niñez, ejemplos sanos en su mocedad ni enseñanza en su juventud; que, abandonados por sus padres primero y por la sociedad después, crecieron en medio del arroyo, hasta que un viento de tormenta saturado con todos los miasmas del vicio, los ba-

rrió á la cárcel, el jardín está hermoso, lleno de fresca y salud.

Quitad el trabajo, la cuidadosa labor de aquellos cuatro hombres, y la arena de los paseos formará horrorosos montecillos salpicados de hoyos, erizados de piedras; la valla de boj convertiráse en hojarasca desbordada; el césped en reseco y punzante manchón; las enredaderas cubrirán los kioscos como sudarios verdes, se enroscarán como serpientes al tronco de árboles medio secos, paridores de brotes tóxicos; las flores nacerán sin fuerzas, sin belleza, sin lozanía, faltas de vigor; palacio de gusanos serán las fuentes, desprovistas de aguas reidoras; nidos de reptiles los planteles donde ahora celebran las mariposas sus francos desposorios; hogar de aves rapaces, las frondosas copas alegradas por los gorriones con sus travesuras y por los ruiñeños con sus trinos. La fealdad sustituirá á la hermosura, la muerte á la vida. El jardín hará algo peor que dejar de ser; se transformará de paraíso delicioso y alegre, en guarida horrible y feroz.

Eso fuera el hermoso jardín que diariamente embellecen y cultivan los presidiarios, si sus cuidadores le abandonasen.

Eso fuera el hermoso jardín favorecido por el

sol y el agua, el encantador paraje que diariamente cultivan nuestros presidiarios á quienes falta la instrucción, alimento de las conciencias, y la libertad, sol de los espíritus. Eso fuera el jardín que riegan á diario cuatro miserables plantas humanas que nadie se cuida de regar.

Aire y luz

Un hombre ha sido víctima del tifus en una casa de la calle de Carretas. El cuarto donde ese hombre dormía era dormitorio de siete hombres más.

La epidemia resulta en esta ocasión misericordiosa. De ocho hombres que la miseria y la codicia le regalan se conforma con clavar las garras en uno.

¡Ocho hombres en una habitación que tendrá dos metros en cuadro y un tragaluz para que entre el aire! ¡Ocho hombres durmiendo en espacio tan reducido, corrompiendo la atmósfera con sus espiraciones, disfrutando homeopáticamente el oxígeno durante el sueño, como disfrutaran homeopáticamente durante la vigilia el pan y la felicidad!...

sol y el agua, el encantador paraje que diariamente cultivan nuestros presidiarios á quienes falta la instrucción, alimento de las conciencias, y la libertad, sol de los espíritus. Eso fuera el jardín que riegan á diario cuatro miserables plantas humanas que nadie se cuida de regar.

Aire y luz

Un hombre ha sido víctima del tifus en una casa de la calle de Carretas. El cuarto donde ese hombre dormía era dormitorio de siete hombres más.

La epidemia resulta en esta ocasión misericordiosa. De ocho hombres que la miseria y la codicia le regalan se conforma con clavar las garras en uno.

¡Ocho hombres en una habitación que tendrá dos metros en cuadro y un tragaluz para que entre el aire! ¡Ocho hombres durmiendo en espacio tan reducido, corrompiendo la atmósfera con sus espiraciones, disfrutando homeopáticamente el oxígeno durante el sueño, como disfrutaran homeopáticamente durante la vigilia el pan y la felicidad!...

¡Y á estos seres se les cedula de hombres! ¡Y al vivir de estos seres se le llama vivir humano!... ¡Vivir humano!... Los carneros hacinados en el entrepuente de los buque de carga, viven mucho mejor. Al menos respiran todo el aire que necesitan sus pulmones.

Sin embargo, los ocho huéspedes de la calle de Carretas son favorecidos de la suerte si su existencia y su habitación se comparan con otras existencias y otras habitaciones que se consumen y cobran en Madrid.

La gente rica que pasea en coche por la Castellana y por el Retiro; la que tiene abono en el Real y en el Español; dinero en el Banco y viviendas suntuosas en calles anchas, sólo conoce su Madrid; apenas si casualmente pasa por el otro, el de las calles angostas, y los edificios ruinosos y las habitaciones agoteradas: habitaciones húmedas; donde la olla espumea junto á la letrina, y la letrina es único esenciero.

Los ricos no conocen ese Madrid porque no necesitan conocerlo. Los gobernantes debieran conocerlo; pero también deberían conocer otra porción de cosas, de las cuales están, ó á lo menos aparentan estar, completamente ayunos.

Pues en Madrid, en el Madrid para viajeros y

potentados que durante las fiestas de toros y las carreras de caballos engalana sus hermosas vías con el ir y venir de carruajes lujosos y de multitudes alegres; en este Madrid oficial, que tiene calles anchas para que los consejeros de la corona vayan de un ministerio á otro y los reyes acudan sin apreturas á salves y desfiles, hay otro Madrid infecto, miserable, antihumano, que rebordea el Madrid elegante, como una costra guardadora de pus el satinado de una piel joven.

Esa costra se halla constituida por barriadas enteras, dentro de las cuales, ni los administradores particulares de las casas, ni los administradores oficiales de la población, se cuidan de la higiene, de la estabilidad y del cumplimiento de las municipales ordenanzas.

¡Qué importa eso! Lo importante es construir zahurdas donde quepa la mayor cantidad de gente posible.

Un terreno, el más pequeño que pueda encontrarse sin peligro inmediato de la edificación, basta á tan modestísimos menesteres.

Luego, á poner un piso encima de otro, á embutir unos en otros cuartos, á utilizar todos los huecos, no para los derechos de ventilación, para los derechos de inquilinato, á ir embaulando den-

33313

tro de aquella jaula familias y familias, que en invierno se hielan con la delgadez de los tabiques y en estío duermen en mitad del arroyo para no volverse tostones.

A cientos existen en Madrid tales casas: negras, sombrías, ruinosas por fuera, pestilentes é inhospitalarias por dentro; estrechas, muy estrechas, y altas, muy altas, constituyen un verdadero prodigio de equilibrio, y suben tristemente hacia arriba en busca de la atmósfera azul, como si quisiesen pedir al cielo la caridad que niegan á sus inquilinos los hombres.

Son estos edificios nidos de miseria, donde la penuria paga estipendio á la codicia, y la muerte impone vasallaje al desamparo, y la peste cobra tributo á la desvalidez, y el hambre alcahuetea al crimen.

¿A qué viene extrañarse de que el tífus, el cólera, la viruela, una epidemia de cualquier índole haga estragos y siegue vidas en las grandes ciudades, cuando la codicia de unos hombres pueda estafar á otros hombres, hermanos suyos, el aire, el alimento, el terreno y la luz que la Naturaleza regaló por igual á todos?

En tanto que la codicia humana y que el egoísmo social permitan construir junto á poblaciones

donde el lujo se desperece al aire y al sol, poblaciones donde la miseria se encoja entre la humedad y la sombra, la peste no será castigo enviado contra los hombres por un Dios justiciero; será crimen cometido en hombres desamparados por hombres injustos.

¡Aire! ¡Luz! ¿A qué menos puede tener derecho la criatura racional?

¿Es que no puede haber aire y luz bastantes á la vida de todos los humanos?

Así pensaba yo andando por los campos oxigenados y verdes que, desde los arranques de la Moncloa hasta el real sitio, esmaltan el camino del Pardo.

¡Hermosos campos que los pájaros armonizan saltando libremente de árbol en árbol para construir en las ramas sus nidos; interminables prados que vacas y corderos usufructúan con su libre pacer; alegres boscajes que los animales del monte rumian y roen con absoluta tranquilidad, cuando las reales personas descansan de sus placeres cinéuticos!...

Una franja de cien metros, cedida por el Estado y por la real casa á lo largo de esos terrenos, bastaría á edificar una población, en la cual las casas de los pobres no se apretujarían y se estira-

rían hacia lo alto como brazos descarnados que piden justicia, sino que se extenderían á lo largo de la fértil llanura, rodeadas de árboles, besadas por el sol, acariciadas por el aire; sanas y limpias como nidos de hombres, no tenebrosas y mal olientes, como guaridas de alimañas.

Pensaba en esto, acordándome del hombre víctima del tifus que dormía con siete hombres más en una habitación de dos metros en cuadro.

Pensaba en esto; y pensaba que para ceder una franja de cien metros en la carretera del Pardo, ni el Estado tendría que dejar sin hierba á las vacas de la Moncloa, ni las personas reales tendrían que prescindir de sus placeres cinegéticos.

Sinfonía en blanco.

Las últimas tierras castellanas, pobres en cultivo, más pobres aún en natural vegetación, desfilan ante las ventanillas del tren acusadas por los rayos de un amanecer gris.

El horizonte es monótono, triste. Apenas si de trecho en trecho lo recorta algún grupo de árboles ó algún pueblecillo formado con irregulares casucas, que tienen los muros de barro, los remates de paja, una claraboya por mirador, una gatera como puerta y un boquete sobre la techumbre para ofrecer salida á los humos negros del hogar.

Entre una aldea y otra aldea, no hay diferencias apreciables; tampoco las hay entre un árbol y otro árbol. Los árboles descuelgan de sus ramas encajes de hielo; las aldeas se adelantan hacia el

viajero capitaneadas por iglesias, entre cuyos arcos coronadores oscilan las campanas como cuerpos en horca.

Los hombres y las mujeres que circulan junto á la vía férrea, visten paños pardos; también es pardo el matiz de sus carnes, fundidas por la lluvia y el viento.

Los arroyos no corren; saltan en sus lechos rocáceos; el aire rompe contra peñascales infecundos; los surcos bostezan nieblas, el cielo escupe escarcha.

¡Siempre igual!... Se suceden los kilómetros, los paisajes no, y el tren continúa subiendo despacio, muy despacio, la fatigosa cuesta arriba.

Cuando vuelvo á poner mi cara junto á los cristales del vagón, ha desaparecido todo. Ni paisaje, ni luz. El tren se arrastra por el agujero negro de un túnel. Los faroles dibujan rayas amarillas sobre lienzos de sombra; la máquina jadea con angustia; los ejes chillan; el viento arroja contra los vidrios el agua de las filtraciones... De pronto el agujero ensancha; la sombra se esclarece; la locomotora da un pitido de triunfo; la máquina sale del túnel y se tropieza con un sol brillante, que se deshace en polvo de oro sobre una cordillera de hielo.

Es el Puerto; el immaculado reino de la nieve; el tabernáculo escogido en la tierra por el color blanco, para encerrarse dentro de él custodiado por un ejército de copos vírgenes ú ofrecerse al homenaje de los hombres en toda su pureza, sin que ningún aliento lo manche, sin que lo profane contacto alguno, porque en ese tabernáculo no entra más perfume que el aire inviolado de la montaña, ni oficia otro sacerdote que el sol.

Este reino marca sus límites infranqueables con una línea cenizosa, donde la tierra profanada por el hombre y la tierra purificada por la nieve, se confunden por última vez.

Luego, todo es blanco, de una blancura tan intensa, tan indestructible, que los mismos rayos del sol pierden, cuando la tocan, sus áureas tonalidades y se truecan en barnices de plata. El blanco impera allí como soberano absoluto; no admite, no consiente rivales; él se basta para llenarlo, hermosearlo é invadirlo todo.

En los picos más altos, en los remates de la cordillera, se endurece y congela despidiendo reflejos metálicos; envuelve los peñascos con artísticas blondas; se descuelga por las salientes y rebordes en caireles de hielo; transforma los pedruscos en perlas enormes, que á las veces se juntan forman-

do espléndidos collares; sube y adorna las laderas con plumones de cisne. Aquí construye edificios de nácar; allí, graderías de mármol; en este sitio, humanas figuras que se yerguen envueltas por túnicas de armiño; en aquél, argentinos monstruos que se desafían y amenazan... Cuando el aire la empuja hacia arriba, es diamante en polvo; cuando las nubes la dejan caer, lluvia de hojas de azahar. Todo es suyo; todo le pertenece en aquel país de blancura sin mancha.

Blancuras sublimes, no turbadas ni violentadas nunca, ¡nunca! El mismo valle las respeta, cubriéndose, ocultándose entre nieblas vírgenes y blancas también; nieblas purísimas, profundas, que van y vienen entre las montañas para ser mar propio de aquel mundo y para deshacerse en espumas de plata sobre unas playas de alabastro.

Las mismas sombras, que sobre todo cuanto vive caen para ennegrecerlo, repiten allí el señorío de la nieve y se vuelven azules, de un azul clarísimo, que se desvanece y atenúa hasta confundirse con los incoloros gases del aire.

¡El reino blanco!... Siglos y siglos permaneció el hombre sin atreverse a entrar en él; y hoy que puede hacerlo, que ha conseguido hacerlo en su artístico afán de llegar cuanto antes á la her-

mosa tierra de Asturias, no lo profana, no lo escala; construye túneles y pasa por debajo, saludando con pupilas donde resplandece la admiración y palpita el asombro sus immaculadas virginidades.

¡El reino blanco!... Mansión poética, á la cual dedicarían sus inspiraciones los antiguos trovadores de Castilla y Asturias, para tejer guirnaldas de amor y deshojarlas sobre los oídos de doncellas nobles y guerreadores caballeros en el comedor de la gótica fortaleza, junto á las calientes llamas del hogar, entre el alegre chisporroteo de los troncos.

Leyendas de amor, en todas las cuales un enamorado galán trepa por la nieve persiguiendo las caricias de la reina del reino blanco; y llega á la cumbre; y divisa el palacio donde la virgen se refugia; y quiere mirarla; y ella huye; y él corre tras ella hacia arriba, siempre hacia arriba, más y más arriba cada vez, hasta que la alcanza encima del último picacho, y cae en sus brazos de nácar, y recibe un beso de sus labios de hielo, y rueda abrazado á ella sobre un lecho de nieve que el sol quiere inútilmente calentar...

Yo la veo; la veo á esa reina, á esa virgen, alzarse sobre la montaña que contemplan mis ojos.

Es alta, esbelta, desdeñosa en sus actitudes, activa en su ademán; las carnes puras de su cuerpo

se envuelven en una túnica tejida con hilos de hielo y bordada con copos de nieve; sus labios están enrojecidos por un rayo de luz; sus ojos tienen el pálido azul de las sombras de la montaña; sus cabellos son de oro, cada hebra está formada con un rayo de sol...

Y la virgen sonrío, sonrío siempre, ofreciéndose á las caricias del enamorado que tenga valentía para escalar la altura y acompañarla hacia las cimas de la cordillera y llegar al último pico donde ella le abrirá sus brazos de nácar y le estrechará contra su corazón y le prodigará sus mortales caricias, y le hará caer sobre un lecho de nieve que el sol procura inútilmente calentar hace siglos y siglos.

¡La leyenda blanca del Pajares!...

¡Ojalá hubiéramos nacido en época hábil para escribirla!...

Ahora, en esta época, no hay tiempo.

Abajo, en los valles verdes, en las hermosas aldeas de Asturias, en las fábricas, en las minas, en los campos, viven hombres de carne que luchan por su redención. La leyenda de los tiempos modernos está en esa lucha, no en las caricias que brinde á un loco enamorado una virgen de nieve.

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"
Apto. 1023 MONTERREY, MEXICO

Un vástago del Cid

Fué en el interior de la Cárcel Modelo; entre dos varillas del inmenso abanico de piedra; en aquel *in pace* de arquitectura rígida, de frías y pálidas entonaciones, donde hasta el sol cuando se desliza sobre los muros tiene livideces de cautivo.

Allí fué, al mediar la tarde, frente á dos hileras de celdas, con puertas recortadas en forma de nicho; entre el piar alegre de pájaros que entran y salen libremente por los enrejados de la techumbre, tal vez al objeto de entretener con sus cantares las tristezas de los hombres que perdieron su libertad.

Allí aparecióseme la caballeresca visión. A cortesanía amistosa de Millán Astray debo el hallazgo. Juntamente con él y con Casas, el pintor ilus-

tre, había paseado de un extremo á otro aquel cementerio de vivos. El pintor estudiaba los melancólicos efectos que producía sobre muros y herrajes la prisionera luz, y apuntaba en su memoria facciones y líneas de los hombres que pasaban ante nosotros silenciosamente con el traje pardo y el mirar receloso, y de los hombres que aparecían y desaparecían súbitos, como por tramo, al cerrar y abrirse de las celdas.

Yo miraba también, aspirando con la imaginación todas las emanaciones del subhumano estereotipo y pensando que con un poco más de justicia y un poco menos de abandono podría encontrarse mucho bueno y útil entre la arrumbada basura.

—Ya han visto ustedes los hombres—nos dijo Millán—faltan los niños. Esperen un poco.

Hizo seña á uno de los ordenanzas penados; subió éste con agilidades de mono la escalera de hierro que conduce á las galerías superiores, y á poco descendió con igual rapidez, seguido por un grupo de muchachos.

No bajaban ellos retozones, alegres, con la inocencia en los ojos y la risa en los labios; con las corvas prevenidas al brinco y la boca al cantar. Bajaban hurafios, silenciosos, con los párpados

caídos y los labios repretados por una gravedad hipócrita. Mientras los pájaros, sus compañeros naturales, entraban y salían, revoloteando y pizando por entre los barrotes, ellos, los niños, se alineaban junto á nosotros, recto el cuerpo, pegadas las manos á los muslos, juntos los pies sobre las baldosas.

Fué una dolorosa revista. Criminales de diez, de catorce años á lo sumo, ofrecíanse á nuestros ojos como retoños de bandido, que, bien abonados por la herencia y el medio, por la degeneración física y moral, iban á ser mejor abonados aún, para su completo y horrible desarrollo, por el desamparo, por la ineducación y por la miseria.

Con voz temblorosa, y no de vergüenza, de miedo, nos refirieron el historial de sus hazañas; raterías, hurtos insignificantes tan sólo; eran niños, ya se harían mayores para dar de mano á tan despreciables pequeñeces; por el pronto y prestando crédito á sus personales referencias, resultaban aprovechadísimos aprendices; los futuros maestros revelábanse en el rufianesco chispear de sus ojos, en los brutales mohines de sus labios, en la serenidad casi orgullosa con que referían sus proezas. Su estatura era de muchachos, su gesto, de facinerosos. Uno de ellos, Barrabás, creo que

se llamaba Barrabás, ha sido procesado veintitrés veces, fuma puro y tiene querida. Bien es cierto que tiene catorce años.

Entre las criaturas que formaban el tristísimo grupo; entre los retoños de presidiario que se desarrollaban briosamente en los patios de la Cárcel Modelo, vi uno que se diferenciaba de los otros en absoluto.

Ni había en su mirar desvergüenza, ni en su gesto cinismo; no estaba su rostro como los de sus compañeros, envejecido prematuramente, aflado por el disimulo perpetuo y el vicio precoz, todavía era niño; todavía redondeaban su carilla morena las líneas suaves y puras de la muchachez; no inspiraba su imagen ni asco ni tristeza; al contrario, desprendiase de ella algo que era á un tiempo inocencia y salud; la misma cárcel no pudo empalidecerle del todo; sus mejillas carnosas conservaban esas entonaciones color carmín, con las cuales embellecen sus cutis los niños que juegan al sol.

—¿Por qué estás tú?—le preguntó Millán.—¿Por ratero?

—No, señor. Yo estoy... Estoy porque he matado á mi padrastro.

Casas y yo dimos un paso atrás.

¿Cómo? ¡Era posible!... ¿Aquella criatura de doce años había dado muerte violenta á un hombre?

Sí. El nos lo refirió. Nos lo refirió sencillamente, con trágica y hermosa sencillez; con detalles que iban irguiendo su figura á medida que avanzaba el curso de su relato, balbuceado por sus labios trémulos y ratificado enérgicamente por el mirar de sus ojos oscuros que despedían lumbre.

—Era malo, señor—murmuraba el niño—muy malo. Aquel hombre pegaba á nuestra madre siempre, por cualquier cosa; la pegaba sin compasión, como si nuestra madre fuera un perro. ¡Un hombre muy malo! A nosotros nos pegaba también, y si mi madre quería defendernos, entonces, ya no era con el puño, era con un palo, con un hierro, con lo primero que encontraba. Nosotros, ¡qué íbamos á hacer nosotros! ¿No es verdad, usted? Callarnos; lo que hacíamos. Callarnos; pero, vamos, yo, aunque me callaba, no podía aguantar aquello; cada día menos, señor. Al fin, mi madre era mi madre, y él... pues él era malo con mi madre.

»Una noche entré en casa. Mi padrastro estaba pegando á mi madre; la pegaba muy fuerte, cada vez más fuerte. No contento con pegarla á mano,

empezó á darla puntapiés, y luego la cogió por el pelo y la tiró en tierra, y la arrastró y la pateó... y mi pobre madre gritaba: «¡Hijo! ¡Hijo!...»; y no sé cómo fué, ni cómo el arma se me vino á los dedos. Lo que sé es, que me fuí para el hombre y alcé el brazo y lo dejé caer y seguí dando, dando, hasta que el hombre cayó hecho un mar de sangre, y mi pobre madre se levantó gritando y abrazándome como una loca. Ahí tiene usted lo que hice.»

La figura del chicuelo, del niño de doce años, había crecido á nuestros ojos. No era ya un niño, era un hombre, un vengador fiero de su madre, injustamente golpeada, que salía á su defensa, sin medir la altura ni la fiereza de su adversario; sin temor, sin compasión, pronto á matar y pronto á ser muerto, para que nadie maltrate á su paridora.

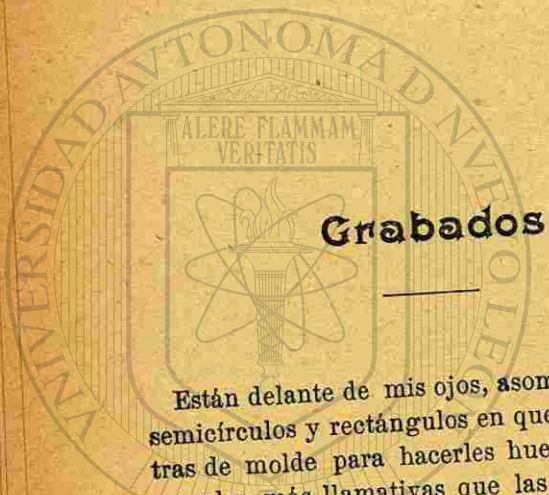
¡Era la cría humana, el cachorro que hunde garras y dientes en la carne de quien hiere á la hembra que le amamantó; era algo hermoso y grande encomendando la justicia á la violencia: convirtiéndose en juez y en verdugo del macho que, no satisfecho con ocupar el sitio del padre muerto, maltrataba á la madre viva!

Eso era el niño de doce años que estaba enfrente de nosotros.

Yo mirándolo, evocaba en su figurilla, menuda y pálida, vestida con una blusa y unos pantalones azules, calzada con el solo calzado de su piel, y embravecida por el brillar fiero de sus ojos y el temblor nervioso de sus manos, otra figura legendaria, vestida de hierro, calzada la mano por el guantelete, la cabeza por el casco y por la espuela el pie; otra figura de hijo que, espada al cinto y lanza al brazo, fué en busca de quien ofendiera á su padre viejo, y, luego de matarle, segó su cabeza de raíz y la arrojó á las plantas del anciano ofendido.

Esa figura evocaba yo frente á la figura del chicuelo; en una misma imagen se confundían á mis ojos el Cid de la leyenda y el Cid de la cárcel.

Y mientras la figura del Cid legendario desaparecía poco á poco en el espacio, iluminada por el sol de la inmortalidad, la figura del niño fué desapareciendo, poco á poco también, iluminada por un sol que se deslizaba sobre los muros con palideces de cautivo.



Grabados

Están delante de mis ojos, asomándose por los semicírculos y rectángulos en que rompen las letras de molde para hacerles hueco. Letras más grandes, más llamativas que las otras, destacan sobre las páginas impresas estos dos nombres: Rusos—Japoneses. Ahora los junta encima del papel, una raya negra. Pronto los juntarán encima del mar y de la tierra un manchón de sangre.

Entre esos grabados, que representan plazas fuertes, puertos militares, buques de combate, útiles de guerra y mapas estratégicos, hay cuatro que llaman singularmente mi atención y penetran con terquedad mi espíritu.

Dos de ellos ocupan el centro de las planas. Son

los retratos del emperador del Japón y del emperador de Rusia.

El primero cubre su cabeza con el morrión ceté japonés, entorna los párpados oblicuos sobre dos pupilas chispeantes y sonríe con sus labios estrechos, endoselados por un bigote lacio y ruin. El resto de sus facciones disfraza a los caracteres de la raza amarilla con líneas de dibujo caucásico; también disfraza un traje militar europeo, adornado con bandas y condecoraciones, el cuerpo del omnipotente mogol, vencedor altivo de China, retador arrogante de Rusia, amo de millones de súbditos, pronto á disputar en mortales oposiciones, la hegemonía asiática.

El segundo, sacerdote máximo de una religión, déspota orgulloso de un pueblo, enarca, bajo la visera de su gorra de plato, unos ojos grises como el acero, como el acero inflexibles y duros; la nariz se respinga hacia la frente, plegándose cerca de ella con pliegue felino; una barba rubia y corta encuadra las líneas del semblante y un sencillo uniforme, sobre cuyo pecho abre el águila imperial garras y alas, cubre el cuerpo del monarca pontífice, de quien lo mismo pide á Dios que hospede en la gloria á los rusos muertos, que ordena á sus polizontes hospedar en Siberia á los rusos

vivos. Frente á mí, recostando con su imagen los blancos del impreso, está el heredero de czares y czares muertos violentamente, el iniciador del Congreso del Haya, el procurador de la paz, pronto á disputar en mortales oposiciones, la hegemonía asiática, sin perjuicio de seguir acariciando en sueños, la europea.

Encima y debajo de estas dos imágenes, veo otras dos. Las constituyen hombres que visten traje militar. Los de arriba tienen iguales ojos oblicuos, igual bigote rolo, idéntica amarillosa piel que Mutzu-Hito; los otros usan, como Nicolás II, la ancha gorra de plato, ciñen como él, sencillos uniformes guerreros y ostentan como él, en sus grises y redondas pupilas, las energías y las rudezas del eslavo.

Son los soldados del ejército ruso y del ejército japonés, los hombres que dentro de algunas horas, ahora mismo quizás, mientras mi pluma raya de negro las cuartillas, pelearán y morirán para decidir cuál de sus dos amos va á ser amo de la Mandchuria y árbitro de los destinos de Asia.

Esos soldados, rusos y japoneses, no van á ganar nada en la contienda. Triunfe quien triunfe de ambos soberanos y ambas políticas, ellos, los que sobrevivan de esos soldados, seguirán siendo des-

pués de la campaña lo que fueron antes, carne de obrero, músculos de trabajador, víctimas explotadas por unos cuantos favorecidos de la suerte.

Nada habrán conseguido, regando con su sangre las tierras que regaron con su sudor; nada, con llenar de sangre talleres y fábricas convertidos por la guerra en fortines, como antes los convirtió la codicia en inquisiciones; nada, con ganar ciudades, que seguirán perdidas para la libertad humana; nada, con volver rojas las olas azules del mar y cubrir con humos de pólvora las tonalidades azules del cielo; nada habrán conseguido, porque la pelea de hoy no es la suya, no es la gran pelea por el porvenir, no es la gran lucha por la redención de la especie; es la triste lucha de dos ambiciones personales, de dos egoismos políticos que van á conducir millones de hombres al degolladero, para que las líneas geográficas se contraigan ó se estiren en los mapas de las naciones.

Fuera la lucha y el combate para adelantar unos años, unas horas siquiera, el porvenir de redenciones, de fraternidad, de amor social con que sueñan todas las almas justas; y por espantables, por dolorosas que resultaran sus peripecias y sus trances, parecerían dolor pasajero y espanto fútil en razón de sus sublimes consecuencias.

¡Qué importaría la muerte de cientos, de miles, de millones de hombres, puesta frente al bien de la humanidad!

Pero no; no es por el bien de la humanidad, no es por la humana justicia, no es por la redención de los hombres por lo que chocarán, acorazados contra acorazados en los mares de Asia, y caerán cientos y cientos de criaturas en las campiñas de Mandchuria, y seguirán cayendo después en los llanos japoneses ó en las estepas rusas. No es para eso; es para saber si Mandchuria primero y la hegemonía asiática luego, corresponden á Nicolás II ó á Mutzu-Hito.

Para esto se emprende la guerra; para esto chocarán como fieras, ostentando el morriñete japonés ó la gorra de plato los soldados japoneses y rusos, que hoy nos ofrecen los dibujos de las revistas, como se ofrece la carne fresca en los escaparates.

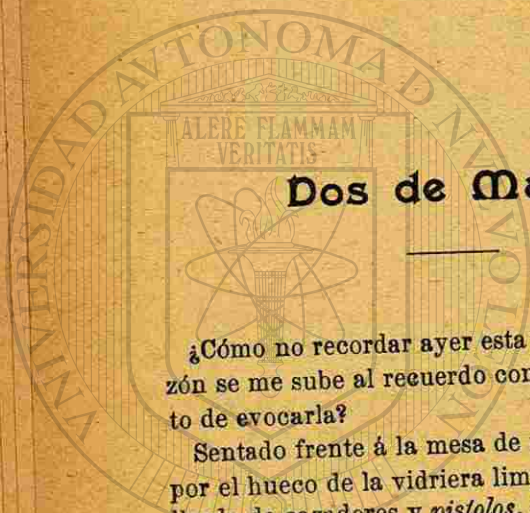
A esto irá otra vez más el ganado humano á la guerra; á embestirse, á morderse en guisa de trahillas azuzadas una contra otra por la voluntad del perrero.

A eso irán. Yo, mirando los grabados, pienso que á la vuelta de algunos meses cuando la guerra termine con el triunfo de Mutzu-Hito ó con el

triunfo de Nicolás II, volverán revistas y periódicos á reproducir los retratos del autócrata ruso y del emperador japonés; éste, con sus ojos oblicuos y su bigotillo ramplón; el otro, con sus ojos grises y su barba rubia.

Sanos, poderosos, omnipotentes, aparecerán después de la guerra los dos emperadores; los soldados... ¡ay! los soldados que ayer retrataron los corresponsales fotográficos, no será fácil que aparezcan mañana, como no desentierren sus pedazos sangrientos y medio podridos en las campiñas de la Mandchuria, en los mares de Asia, en las estepas rusas ó en las llanuras del Japón.

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN
BIBLIOTECA
"ALFONSO REYES"
Edo. 1623 MONTERREY, MEXICO



Dos de Mayo

¿Cómo no recordar ayer esta fecha, si el corazón se me sube al recuerdo con el exclusivo objeto de evocarla?

Sentado frente á la mesa de un café miraba yo, por el hueco de la vidriera limpia, el desfile gallardo de cazadores y *pistolos*, el trotar de los escuadrones multitonos, el rodar de los carros guerreros enjordecidos con el reflejo metálico de los cañones y con la apostura marcial de los hombres. Todo iba pasando frente á mí, bajo los rayos de un sol que entibiaban nubes volanderas. Todo iba pasando, entre el sol vibrante de los clarines y el acompasado notear de las músicas. Todo iba pasando, con los jefes erguidos sobre sus caballos y las banderas protegidas por el cu-

chillo de los Mausers ó por los sables de reluciente afiladura; todo iba pasando camino al Monumento Nacional, donde pudren sus huesos los oficiales españoles que no dudaron en morir por la patria y en posponer á ella los mandatos de la disciplina.

Todo iba pasando; y mientras pasaba por la calle aquella paleta viva, abriantada por el sol, pasaba por mi memoria el recuerdo de aquel inolvidable triunfo.

Años, muchos años hace de él, y aún es reciente para mí; aún acude á mí envuelto en el hábito lujurioso de la primavera; aún se ofrece á mis ojos, asomándose entre claveles que parecen gotas de sangre, y hojas verdes que desprenden lágrimas de rocío y vapores fecundos desprendidos por la tierra recién regada en columnillas semejantes á humos de pólvora.

Sí; hermoso, hermosísimo triunfo, á cuya evocación mis canas y mis arrugas, mis cansancios físicos y morales desaparecen, trocándose por un momento en vigorosa juventud.

Permitid que lo evoque mientras suenan los marciales acordes, coreados por el pisar rítmico de los infantes, y el patear metálico de los potros, y el rodar fiero de cureñas y armones, y el fla-

mear de las banderas, y el lucir de sables y cuchillos; permitid que lo evoque mientras que el ejército español desfila ante la tumba de los soldados españoles que, unidos al pueblo de Madrid, supieron posponer al bien de la patria los mandatos de la disciplina.

El jardín se ofrecía engalanado como un novio á las caricias de la primavera. Árboles y plantas rebosaban en hojas color de esmeralda; las lilas colgaban de las ramas simulando agraces cenicientos; los plantales de flores eran palenque donde reñían, á quién puede más, los colores y los perfumes; el baqueteado toldo de las parras cernía el sol para convertir la atmósfera en gasa verde pálido; entre los ramajes piaban cientos de aves; en el aire enamorábanse millones de insectos; el chorro de una fuente caía sobre la taza de granito con chasquidos de besos que se siguen unos á otros sin interrumpirse; el cielo era turquesa enorme; el sol, de medio día; el aire, africano; los claros, charcas de oro; los sombrajes, lecho nupcial... ¡Paraíso terreno, frente al cual desfilaban soldados y músicas, y en el cual estábamos, separados por una cortina de rosales, ella y yo, su padre y el mío.

Aún escucho el disputar agrio de los viejos.

Francés el uno, español el otro; ¡calcúlense mis lectores la pelotera de aquellos excelentes amigos en semejante día y tal ocasión! Movíase el uno, todo voz y puños, en obsequio de su Bonaparte; tornábase el otro, todo garras y chispear de ojos, en obsequio de los independizados españoles; los puños caían sobre el redondo velador á modo de mazas; gracias á que el velador era mármol y los peleadores ancianos, si no hubiera saltado en cachos menudísimos.

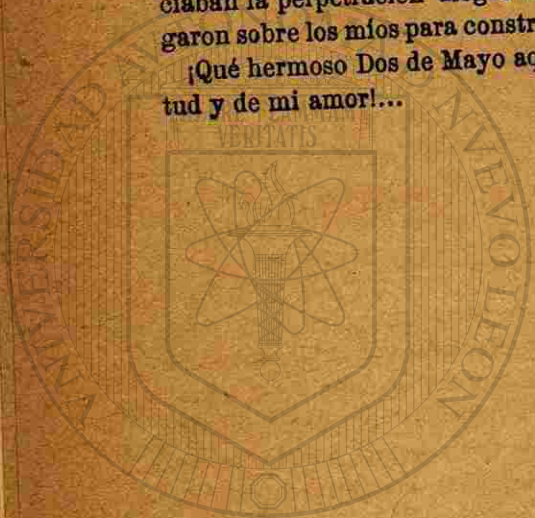
Ellos reñían; reñían como si estuvieran frente á frente en el mismo día 2 de Mayo del 8, representando cada uno por su parte y persona el odio de dos pueblos.

Reñían; y nosotros, ella y yo, los hijos de los reñidores, ocultos por la fragante cortina del rosal, hablábamos... ¿De qué? Palabra de honor, no me acuerdo.

No me acuerdo de lo que hablábamos. Recuerdo únicamente que las manos de ella se encontraron entre las mías, que la atmósfera del jardín se nos fué metiendo poco á poco en la sangre; que ella, la francesa, y yo, el español, no hablábamos más idioma que el de los ojos; que ella fué inclinándose lentamente hacia mí, y que sus labios, semejantes á dos líneas de sangre fresca que, á cuenta

de anunciar el arribo triste de la muerte, anunciaban la perpetración alegre de la vida, se apagaron sobre los míos para construir un beso doble.

¡Qué hermoso Dos de Mayo aquél de mi juventud y de mi amor!...



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE MÉXICO

DIRECCIÓN GENERAL DE ESTUDIOS

En la grada

Acodada sobre la delantera, con la blanca mantilla encuadrando el moreno semblante y el mantón de Manila desprendiéndose por los hombros como una cascada de flores, estaba aquella española de pura raza siguiendo las peripecias de la lidia, las acometidas salvajes de la res y el bravucón gallardear de los lidiadores.

No defiende las corridas de toros; tampoco las censuro. Creo que hoy por hoy, y gracias á lo mucho que les falta para estar completamente educados, necesitan los hombres de un espectáculo brutal, que sea á manera de válvula por donde se escape y satisfaga la cantidad de fiera que hay en todo individuo.

Prueba de ello es que cada pueblo tiene su diversión bárbara; y yo, francamente, entre ver dos hombres riñendo á puñetazo limpio, dos gallos picoteándose, un gimnasta haciendo oposiciones á cadáver desde un trapecio, ó ver á un torero burlando con su habilidad las embestidas de una fiera, prefiero lo último; resulta más artístico. Claro que si los caballos supiesen escribir, acudirían á la ley de imprenta para rectificar esta opinión. Ellos constituyen con sus agonizares crueles la nota triste y repugnante de la fiesta española.

No es mi objeto *latear* á propósito del asunto; descuiden ustedes. Es que ayer, fijándome primero en la hermosísima joven que ocupaba una delantera de grada, cerca de mí, ostentando la clásica mantilla y el floreado pañolón; recorriendo luego con los ojos (y unos gemelos) gradas y tendidos y palcos, para ver cientos y cientos de criaturas rubias, pelicastañas ó pelinegras, que hicieron de sus cabelleras maceta de claveles, de las blancas tocas palios de encaje, y de los mantones, jardines, cuyas artificiales flores, imploraban vida y color á la sangre ardiente de sus dueñas, sentí que los atavíos por ellas ostentados entonces, sólo se vean por excepción y no constituyan, con la

mantilla de madroños y la airosa mantilla negra, el atavío normal de nuestras mujeres.

Debieran éstas usarlo siempre, porque privilegio de la mujer española es la gracia para tirarse el trozo de encaje sobre el moño y dejarlo adosar sus ojos desafiadores y sombrear la carne ardiente de sus caras, y revolverse sobre sus cuellos en pliegues airosos, y envolver las curvas de los hombros y las redondeces de los senos con ondas más encubridoras que cubridoras de las promesas en ellos palpitantes y ocultas.

Don exclusivo de nuestras mujeres es también el de ceñirse el mantón al cuerpo, para que sobre él ondule estrechándolo unas veces, abanderándolo otras; don suyo es, como lo es de los hombres nacidos en esta tierra, hecha con polvillo de sol, el de llevar capa y castoreño.

Don de unas y otros es; y triste que en España, donde aún no hemos desterrado multitud de cosas que nos afean, desterremos lo único que nos podría embellecer al presente.

Sí, muchas cosas debieran suprimirse en España: empezando por el sistema de gobierno y acabando por el convento; muchas: desde el atraso social de nuestros gobernantes, que apenas si en cuestiones obreras saben más que poner la guar-

dia civil al auxilio de las codicias del patrono y responder con mauserazos á las reclamaciones del trabajador, hasta el despotismo clerical que todo lo domina y todo lo invade: el colegio para apoderarse de los cerebros, y el hogar para esclavizar las conciencias; muchas: desde el cacique que cubiletea votos y vende actas, hasta el favoritismo que entrega los puestos oficiales, no al más inteligente y al más honrado, al que tiene más recomendaciones y más plata; desde la administración de justicia hasta la administración de consumos; desde los planes de enseñanza hasta los planes de hacienda; desde nuestra manera de hacer leyes y formar costumbres, hasta nuestro modo de hacer barcos y formar ejércitos. Todo eso podíamos, ¡qué podíamos! debíamos desterrarlo, suprimirlo, barrerlo, si queremos parecernos á las restantes naciones del mundo culto; todo: y sin embargo, á la presente, sólo hemos hecho una operación para acercarnos á ellas: modificar la indumentaria, cambiar la mantilla por el sombrero, la capa por el gabán y el castoreño por la chistera. Por lo demás, continuamos lo mismo.

Lo mismo. Nos parecemos á la momia de Edgard Poe; una momia que al cabo de cien siglos recobró la existencia para enterarse de qué nove-

dades habían descubierto los hombres desde que la enterraron, y encontró que sólo habían descubierto una: el agua de Colonia.

Así pensaba yo ayer en la Plaza de Toros contemplando la deliciosa criatura que recordaba con su clásica vestimenta, con su mantilla blanca y su pañolón de Manila los majos y las manolas pintados por Goya, como aún lo recuerdan, en ocasiones, nuestros hombres con sus capas bordadas y sus sombreros anchos; los recordaba, y me decía que fuera muchísimo mejor para la estética individual y las venturas nacionales, que los españoles, en vez de ir como ahora vamos, caminando en leyes, procedimientos y costumbres hacia las épocas manolescas, con gabán largo, sombreroes horribles y botas sin tacón, caminásemos decididamente hacia el progreso con capas bordadas y con mantones de Manila, con sombreros á lo Velázquez y con mantillas á lo Goya.



Entre animales

¡Animales que no hablan!... ¿Puede encontrarse una ganga mayor?

De ella me cupo en suerte disfrutar ayer. Huyendo á otros animales parlantes me dirigí al monte del Pardo, y luego de pasearme sin dirección fija, me detuve frente á una plazoleta. Hice de una peña cojín; de una encina, toldo; del silencio, confesionario; de la soledad, compañía; y dejé que pupilas y pensamiento viajaran á su gusto con absoluta independencia.

Respirar unas ráfagas de aire puro es siempre útil para la salud del cuerpo y para la higiene del espíritu.

Por eso fuí al campo y dejé correr las horas sin contarlas, con el cigarro entre los dientes, las cuartillas vírgenes de párrafos, el lápiz caído so-

bre una mata de romero y el humo del cigarro manchando el espacio con tenues pinceladas azules.

De raro en raro un aleteo vigoroso venía á distraer mi quietud, haciéndome alzar la cabeza. Era una perdiz que huía asustada de mi presencia. Siguiendo su volar contemplaban mis ojos el espectáculo del cielo; un cielo enmatecido por las proximidades del crepúsculo, donde el sol, oculto tras las cresterías del monte, se delataba con un manchazo rojo, especie de hoguera monstruosa, á que servían de humo nubarrones plomizos que el viento empujaba hacia Madrid.

Otras veces, un rumor de hojas y ramas sacudidas me obligaba á fijarme en la tierra para acompañar la fuga de un conejo, que salvando explanadas pajizas, senderos verdes, lomas grises, cauces sin agua en que las piedras relucían como huesos mondados, y cumbres ásperas en que las encinas flotaban como cabelleras sin peinar, hundíase de un salto en las negruras de una boca.

Ave ó cuadrúpedo, los turbadores de la soledad y el silencio desaparecían en breve, y la soledad y el silencio tornaban á dominarlo todo, mientras las nubes iban haciéndose más densas y más pálidos los reflejos del sol...

Por tal modo ganó mi voluntad aquella hermosísima tarde, que mis sesos se olvidaron de discurrir y mis músculos de moverse; sólo mis pupilas, de par en par abiertas, andaban de izquierda á derecha, de derecha á izquierda y de arriba abajo. Gracias, ó, mejor dicho *desgracias* á esto, no parecía yo una estatua, sino uno de esos muñecotes estúpidos que no tienen movimiento más que en sus ojos espantados y azules.

De pronto me distrajo, obligándome á incorporarme sobre el codo, un ruido como de bastones que golpeasen unos contra otros; el suelo vibró, sacudido por sordo y acompasado trote; crujieron los matorrales que se levantaban frente á mí y un grupo de venados desembocó en la plazoleta.

Eran más de veinte; los capitaneaba un macho de remos ágiles y robustos, dura y remontada cornamenta y majestuoso pisar. El resto de la tropa seguía en pos de él sin voluntad propia, obedeciendo servilmente los caprichos del amo; parecían hombres, sólo que eran más bellos que los hombres y más gallardos también que los hombres en su misión. Acataban al más hermoso y al más fuerte.

Mi quietud hizo que al pronto ninguno de ellos se enterase de que había un extraño, un animal

forastero en *su* monte. Tan simpáticos eran, tan deleitosa placidez declaraba su marcha, tal ventura su descuido ramoneo, que no me atreví á menearme para no producir susto en la tribu, para no asustar á las crías que mordisqueaban las ubres de sus madres, á las hembras que contemplaban con dulces miradas á sus hijos, y al orgulloso macho puesto al frente de todos con empaque de jaquetón.

Si hago un ademán—exclamé para dentro—los asusto y me privo del espectáculo que ofrecen. Lo primero fuera crueldad; lo segundo, torpeza. Quieto, pues.

Pero mi bondad y mi amor á lo bello no contaban con una piedrecilla puesta debajo de mi codo. La piedrecilla se clavaba en mi carne, la carne me dolía... ¡Adiós bondad! ¡Adiós culto de la belleza! ¡Adiós sublimidades! Me erguí bruscamente y... ¿ustedes creerán que los venados echaron á correr? Pues, no; siguieron tan quietos como si yo hubiese sido un animal cualquiera y no un hombre. El macho me contempló de arriba abajo, volvió la cabeza sobre el cuello esbelto, sin duda para decir á sus súbditos: «No hay cuidado», y siguió arrancando hierbas con los dientes.

Es una tontería; pero aquella indiferencia me

irritó, y de un salto me puse en pié. Tampoco corrieron. Fué preciso que echase á andar y llegara á dos varas de ellos para que los animales me volviesen la espalda, no como quien huye, como quien desprecia, y se alejasen paso á paso hasta una loma, tras la cual descendieron, destacando airosamente en el gris horizonte sus cuerpos dorados por el beso último del sol...

—¡Lástima de escopeta!—grité furioso, dolido por el insultante desdén de aquellos cornudos.—¡Lástima de escopeta!

—¡Escopeta!—dijo una voz á mis espaldas.—¡Escopeta!... Aunque trajese usted veinte sería igual. ¡Digo, como no quisiera pagar quinientas pesetas de multa y dar con sus huesos en la cárcel!...

Quien así me interrumpía era un guarda.

—¡Cómo!—pregunté después de saludarle.

—Como usted lo oye—contestó.—¿Se figura usted que los gamos y los venados son tontos para permitir acercarse á la gente si corriesen peligro? Ni los que tienen arrendado el monte (el Patrimonio arrienda el monte) pueden cazar gamos y venados. Aquí sólo cuando vienen sus majestades y se organiza una batida, es cuando tienen los gamos y venados que temer. Entonces ya se enteran

ellos y procuran guardarse. A los demás hombres no nos hacen caso; de sobra saben que no hemos de causarles perjuicio.

—Naturalmente.

—¡Ah!

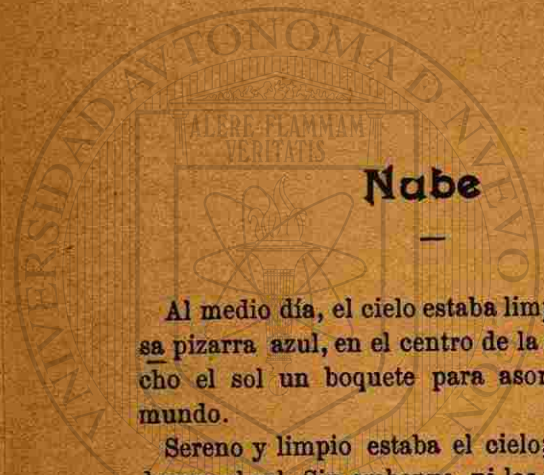
Y despidiéndome del guarda continué mi paseo, pensando que si yo debía estar agradecido á la Naturaleza porque privando á los animales de la palabra, me había proporcionado la dicha de convivir tres horas con animales sin oírles hablar, también debían estarle muy agradecidos los monárquicos, los que ponen el respeto á la monarquía por encima de todo.

Como los venados y los corzos hablasen, ¡qué de denuncias fiscales habría en el monte del Pardo!

Porque, es indudable, si las hembras de los venados y los gamos hablaran, cuando quisiesen asustar á sus crías para que no hiciesen travesuras, imitarían á las hembras humanas cuando quieren asustar á las suyas.

Sólo que en vez de gritarles: «¡Que viene el coo!» les gritarían: «¡Que viene el rey!»

¡Figúrense ustedes si era menudo el desacato!



Nube

Al medio día, el cielo estaba limpio. Era inmensa pizarra azul, en el centro de la cual había hecho el sol un boquete para asomarse sobre el mundo.

Sereno y limpio estaba el cielo; brillante y ardoroso el sol. Sin embargo, ni las serenidades del uno, ni las brillanteces del otro alegraban la tierra. Esta parecía víctima de la tristeza y del cansancio. El aire resbalaba por el espacio falto de rumor y de frescura, torpemente, desprendiendo vahos de asfixia. Los árboles, inmóviles, sin cimbreo en sus ramas, sin palpitaciones en sus hojas, sin voz, porque los pájaros no cantaban entre ellos, resultaban muertos en pie, coronados de verde. Las hierbas, sin insectos que las arrullaran, sin céfiros que las despeinasen, eran mo-

nótono tapiz. Los edificios, con sus puertas y ventanas entornándose frente á la luz, daban idea de una ciudad desalquilada. La gente iba y venía con andares vacilantes de beodo ó de enfermo; las bestias se dejaban caer contra las sombras; los hombres que viven del trabajo se dejaban también caer sobre la herramienta ó sobre el libro, sobre la cuartilla ó sobre el surco.

La Naturaleza toda sufría silenciosa, pero horriblemente, el yugo del cielo y del sol, que la privaban de aire y de frescura.

¡Aire, frescura!... La Naturaleza necesitaba de ellos para no morir de calor y de sed, para que no la aplastase el peso bárbaro de la atmósfera, para que no la calcinase el fuego solar. Los necesitaba y los tendría. No era cosa de que la Naturaleza renunciase á la vida...

Primero fué un punto negro, apenas visible en el cielo azul; luego, algo como un borrón de tinta; pronto, mancha parduzca y desigual, que avanzó sobre el horizonte, sorprendiendo al sol con su avance, y haciéndole naufragar en una gigantesca ola gris...

Después, ni horizonte limpio, ni astro de oro. Una nube, una sola, negra, sombría, amenazadora, feroz, extendióse por el infinito; un viento

fuerte y húmedo sacudió la atmósfera; las hierbas temblaron como cabelleras de mujer revueltas despiadadamente por las manos celosas de un hombre; los troncos de los árboles se estremecieron; las ramas bracearon con acción epiléptica; las hojas comenzaron á caer en chaparrón verde contra la tierra; las ventanas y las puertas de los edificios abriéronse y cerráronse, con ruido de cristales rotos y de goznes descoyuntados; hombres y bestias tomaron actitudes de fuga; un relámpago inconcluíble acardenaló la nube negra; siguió al relámpago un trueno formidable; abrióse de golpe la nube, y el granizo se desplomó encima de la tierra, en gotas blancas, afacetadas por el rayo y sacudidas por el huracán.

Fué un momento, un momento de un cuarto de hora; momento trágico en que la Naturaleza, rebelándose contra el despotismo del cielo azul y del sol áureo, se hizo monstruo impiadoso y cruel.

La nube negra, envolviendo al astro, fué calabozo de sus rayos; el azul celeste se desvaneció, muriendo entre las sombras grises; el granizo destruyó sembrados, aplastó hierbas, tronchó hojas, baqueteó cristales, formó sobre calles y tejas y azoteas, montones perlinos que se deshacían en chorros de agua; á torrentes saltaba ésta por las

aceras y paseos; en cascada caía de los remates de los edificios. El huracán zarandeaba los troncos haciéndoles gemir sordamente; el rayo los abría con hachazos de lumbre; un pobre animal rodó muerto junto á los rails de un tranvía; un hombre medio asfixiado en mitad del arroyo; las chimeneas bailoteaban sobre sus cimientos de ladrillo... Una obscuridad siniestra, cubriéndolo todo, seres y cosas, árboles y edificios, desdibujaba trágicamente la catástrofe.

La nube se deslizó de pronto. El sol brilló con más fuerza en el horizonte; el cielo tuvo en su azul pulimentos más ricos; el aire, encalmándose poco á poco, se agitó suave y dulcemente... Aquí y allá quedaban los recuerdos de la batalla: vidrieras rotas, árboles partidos, ramas sin sostén, cornisas destrozadas, charcos de agua, montones de fango; gentes, despavoridas aún, que se sacudían la ropa con ademanes de perros chapuzados por fuerza.

Y fuera de la ciudad, cosechas perdidas, hogares que soñaban con la abundancia y despertaban en la miseria.

La nube, con su terrible embestida, había causado víctimas; pero la Naturaleza salía del combate como de un baño de salud...

¿Qué importan esas brutalidades momentáneas de los elementos, si son necesarias para que la Naturaleza prosiga su fecunda y eterna labor? ¡Lo que importan las brutalidades sociales cuando son necesarias para que los hombres avancen hacia el porvenir!... Nada.

Después de ellas siempre se puede observar el mismo fenómeno. El cielo tiene más pureza en su azul y más oro el sol en sus rayos.

Problema resuelto

Los veo allá abajo, hacia el Sur, agrietándose para adquirir mayor superficie y humedecer sus extremidades en el mar... Son los campos de Andalucía, caldeados por los rayos del sol, vestidos á grandes trechos con gallardas espigas de oro y á grandes trechos faltos de cultivo y suspirando su forzosa esterilidad por las bocas de sus quebraduras reseca.

Estas superficies incultas no pertenecen al Estado; son propiedades de señores particulares, quienes, tan oscuros de recursos como sobrados de vanidad, dejan vivir muertas para la producción española y para el sostén de miles de individuos, hectáreas y hectáreas que otros hombres po-

dian hacer fértiles con el esfuerzo de sus brazos, faltos de tarea, y en beneficio de sus estómagos, faltos de pan.

Allí están ellas, mostrando al sol su endurecida superficie, su carne gris, que ni el riego vivifica, ni el arado desflora, ni el azadón revuelve, ni el labriego siembra; allí están, esclavas olvidadas, que sus dueños dejan agonizar miserablemente en los rincones del serrallo, para decir á sus visitantes con egoísta y estúpido orgullo:

—Estas hembras son mías. Mi falta de caudales no me permite engalanarlas y vestir las como á las compañeras tuyas, de quienes hice mis favoritas; mi impotencia me fuerza á dejarlas abandonadas é infecundas. Claro que, en poder de otros hombres, acaso, y sin acaso, cumplirían espléndidamente los fines para que la Naturaleza las creó; pero entonces no fueran mías; supiérase que me era imposible sostenerlas, y yo paso por todo menos por disminuir ante ojos extraños las tributarias de mi harén.

Así, con esta lógica de sultán pobre, discurren los propietarios andaluces y los de muchas regiones de España: y, acordes con esta lógica, dividen sus tierras en fértiles y eriales, con la misma razón con que el egoísmo social divide á los hom-

bres en potentados y en miserables, en hambrientos y en hartos.

¡Triste espectáculo el de las tierras sin cultivo, que los pájaros no quieren entretener con sus cantos porque no encuentran alimento que picotear, y los labriegos cruzan de prisa, contemplándolas rencorosamente porque no pueden hundir en ellas su herramienta y ganar, trabajándolas, el pan de sus hijos!... ¡Triste espectáculo el de esas tierras, espectáculo del cual distrae al caminante el paisaje de los cultivados terrenos que lucen sobre su espléndido escaparate el poderío del campo andaluz!

La tierra cultivada paga con usura el esfuerzo de sus cultivadores, pariendo olivares donde la aceituna broncea entre las hojas verdes; construyendo bosques de naranjos, que los frutos adornan como esferillas de oro; de granadas en flor, que parecen selvas de coral regaladas á la campiña por el mar; de huertas donde los árboles son comedor de pájaros, las hortalizas bodegón de insectos y las flores lecho nupcial de mariposas. Tierra pródiga y agradecida que se abre por mil partes á un tiempo desbordándose en tallos empachados con robustas espigas; en troncos enormes que los pámpanos cubren con tonos color

de esmeralda y los racimos adornan con pendientes de ámbar y azabache; en hierbas que el ganado paca y el rocío esmalta y suaviza. Tierra incansable en dones, que, no satisfecha con cubrir su superficie de tesoros, los esconde en su fondo también para que el minero los bucee y descubra.

Por eso pueden los grandes propietarios andaluces y los grandes propietarios de diversas partes de España dejar sin cultivo la mitad de sus campos. Con lo que produce la otra mitad, cuando la cosecha es abundante, tienen de sobra para todo: para pagar la contribución y las bestias y los hombres empleados en las faenas del terruño; la época de la recolección viene, y, una vez llegada, sólo piensa conducir trigo, centeno, maíz y cebada á los graneros; meter los frutos en los vagones, la aceituna en las prensas y la uva en los lagares, para que el propietario viva tranquilo y disfrute en paz los rendimientos de su hacienda.

Pero ese instante, el de la recolección que debiera ser punto de reposo y felicidad para el propietario, es al presente hora de angustia, de sobresalto y de recelo.

El trabajador andaluz, el que hasta hace pocos años se conformaba con una peseta de jornal y dos gazpachos, para realizar las faenas agrícolas,

ahora se resiste á admitir tan mezquina soldada y tan miserable alimento; ya no quiere afanarse de sol á sol con la hoz en la mano y el sol cayendo á plomo sobre su cabeza, segando tallos, amontonando haces, trillando espigas y aventando grano, por tan poco jornal; ya no quiere por él destrozarse los brazos en el vareo de la aceituna, las piernas en el pise de la uva y los riñones en el espurgo de la vid. Cree que esos campos, sembrados por él, cuidados por él, fecundizados y enriquecidos con su esfuerzo, le pertenecen en gran modo; y mientras llega la hora de ser condueño de ellos, exige á los amos un salario que le permita vivir como hombre y un alimento que no le haga comer igual que comen los perros del cortijo.

«No; no trabajo si no accedes á mis pretensiones—dice el obrero del campo al propietario de las tierras.—Tuyo es, legalmente, todo eso que he cultivado yo; pero eso es nada si en tiempo oportuno mis brazos no lo vanean y lo siegan y cortan, mis espaldas no lo cargan, mis piés no lo pisan. Accede á mi demanda ó te niego mi auxilio. Y el obrero se cruza de brazos.

«—Mira—dice el propietario encarándose con el obrero—bien quisiera yo; sabes que lo he hecho hasta donde lo permiten mis fuerzas, aumentar tu

soldada y mejorar tu alimentación; pero las contribuciones, el coste enorme que por culpa de la insania gubernamental supone regar esas tierras y hacerlas producir; la alta tarifa de transporte que tienen los ferrocarriles en España; las dificultades de exportación y otra multitud de motivos que tú desconoces, me impide complacerte. Haz lo que quieras, porque yo no puedo hacer más. Y se cruza de brazos también.

De estos dos cruzamientos de brazos, surge el conflicto que comienza por la negativa del amo, por la declaración en huelga del obrero, y acaba por matar al obrero de hambre, y por arruinar, no al propietario, que esto, aún siendo muy sensible, sería poco porque se trata de un individuo; al Estado, á la nación, forzados á sufrir las tristes consecuencias que esas cosechas paralizadas, esos propietarios faltos de brazos, y esos jornaleros muertos de hambre, han de provocar forzosamente.

Esto ocurre en Andalucía todos los años; y todos los años el Gobierno se preocupa de ello mucho y trata de poner remedio á los males. ¡Vaya si trata! El que padecemos hoy lo ha anunciado ya.

¿Remedio? ¿Cómo? ¿Recordando que en buenas leyes económicas sólo se es propietario de una tierra mientras se la hace producir; y quitando las

tierras sin cultivar á quienes por no cultivarlas, dejan de ser sus amos, para entregarlas á manos que las hagan fértiles en beneficio propio, primero, y en el del Estado después? ¿Haciendo que el cultivo de esas tierras disminuya, con lo que por realizarlo se pague á la Hacienda la contribución de las otras, proporcionando así á los propietarios facilidades para atender las reclamaciones del obrero? ¿Obligando á las Compañías ferroviarias á mermar sus tarifas y á los ministros de Agricultura á ocuparse menos en política y más en las obligaciones de su cargo?

No; á juzgar por las informaciones periodísticas que acabo de leer, es cierto que el Gobierno anda preocupado con la cuestión agraria en Andalucía, y que se propone resolverla. Con este objeto ha ordenado que se reconcentren fuerzas del ejército y la guardia civil en aquellos puntos donde las huelgas puedan estallar.

Tal ha sido la única decisión gubernamental enfrente del problema. Si la huelga estalla y los trabajadores atentan á la libertad del trabajo, ahí están los fusiles, que pueden más que las herramientas obreras; y problema resuelto.

Verdaderamente, el sistema es de los más eficaces y de los más cómodos.

Al que se desmande, tiro limpio. Si el hambre y la miseria y la desesperación, consiguen que los brazos que se nieguen á manejar las herramientas trabajadoras, en cumplimiento de su oficio, las alcen en actitud hostil, ya se logrará que herramientas y dueños caigan juntos, regando acaso con su sangre la tierra sin cultivar de las campiñas andaluzas. Y nada más por ahora.

Con esto hay bastante hasta el año próximo, en que volverá á plantearse el problema, y en que muchos mozos de los que hoy empuñan la herramienta trabajadora, empuñarán el Maüser.

Resurrección.

Venían del escenario á la sala bocanadas de aire sano y fuerte. La Tubau, estimulando sus extraordinarias condiciones de actriz, al punto de trocar la ficción escénica en realidad trágica, nos presentó hecha carne viva á la Maslowa, disecada por Tolstoï en su portentosa novela.

Durante el breve espacio de tres horas desfilaron ante mí, convertidos en cuadros é imágenes de bulto que hablaban y que se movían, los principales capítulos de *Resurrección*. El público burgués oía con arisco asombro, pero con domada actitud, los piquetazos descargados contra la sociedad moderna por el piadoso é implacable anarquista ruso, mientras la verdad, la justicia y el

Al que se desmande, tiro limpio. Si el hambre y la miseria y la desesperación, consiguen que los brazos que se nieguen á manejar las herramientas trabajadoras, en cumplimiento de su oficio, las alcen en actitud hostil, ya se logrará que herramientas y dueños caigan juntos, regando acaso con su sangre la tierra sin cultivar de las campiñas andaluzas. Y nada más por ahora.

Con esto hay bastante hasta el año próximo, en que volverá á plantearse el problema, y en que muchos mozos de los que hoy empuñan la herramienta trabajadora, empuñarán el Maüser.

Resurrección.

Venían del escenario á la sala bocanadas de aire sano y fuerte. La Tubau, estimulando sus extraordinarias condiciones de actriz, al punto de trocar la ficción escénica en realidad trágica, nos presentó hecha carne viva á la Maslowa, disecada por Tolstoï en su portentosa novela.

Durante el breve espacio de tres horas desfilaron ante mí, convertidos en cuadros é imágenes de bulto que hablaban y que se movían, los principales capítulos de *Resurrección*. El público burgués oía con arisco asombro, pero con domada actitud, los piquetazos descargados contra la sociedad moderna por el piadoso é implacable anarquista ruso, mientras la verdad, la justicia y el

bien predicaban por boca de Katinsca y Dimitri el evangelio del porvenir.

¡La Maslowa!... ¡Dimitri! ¡Grandiosas figuras, sublimes concreciones humanas, que se unen con un beso de amor para separarse después y volverse á encontrar en el Palacio de Justicia, llevando ella sobre su cuerpo todas las ignominias, todos los crímenes, todas las bajezas que el abandono y el medio ambiente, donde su abandono la hizo vivir, arrojaron sobre ella; y él, todas las preeminencias y todos los respetos y todos los prestigios que su posición social le concede!

Difícil es que Katinsca se libre de las miserias que mancharon su alma de sierva desamparada y de hembra perdida; difícil que Dimitri se libre de las preocupaciones y prejuicios que esclavizan su conciencia de gran señor, de hombre acaudalado y poderoso.

Difícil, muy difícil, que la Maslowa, arrojada por su amante á la prostitución y al crimen, logre regenerarse, ser otra vez la Katinsca amorosa, el corazón abierto á la virtud que desfloraron y envilecieron los apetitos de Dimitri. Difícil es que éste reconozca, en su falta, el origen, la causa única del envilecimiento de Katinsca y que, saltando por respetos viles, por cobardes preocupa-

ciones, sienta el grito de la verdad alzarse en su conciencia é intente y logre, redimimiento á la Maslowa, su propia redención.

Difícil, milagroso parece; y, sin embargo, el milagro ocurre. ¿Qué ha hecho falta para esto? Que Dimitri, desoyendo las mentiras sociales y acogiéndose á las naturales verdades, purifique en ellas su espíritu y luche por arrancar de la infamia á Katinsca, por darle la reparación que en justicia justa le debe; que la Maslowa, envuelta por la atmósfera de justicia y verdad que trae á sus labios Dimitri, se reconvierta en la mujer parida por la Naturaleza para fundar hogares y amantantar hijos, y no sea la hembra forzada por la sociedad á vender placeres y fraguar crímenes.

El milagro ocurre; ocurre porque no es milagro, sino suceso natural. Basta que Dimitri desbroce el alma de la Maslowa y la alumbre enérgica, terca, constantemente, con resplandores de virtud, para que la Maslowa desaparezca y la Katinsca resucite. Si el mal y la infamia pudieron cumplir en aquella criatura su obra de perdición, ¿por qué no han de cumplirla la justicia y el bien?

Símbolo hermoso el de la obra de Tolstoí. De un lado está Dimitri, representando la humanidad triunfante, egoísta, explotadora de almas y cuer-

pos, que al fin reconoce sus culpas y quiere lavarlas. De otro, la Maslowa, representando la humanidad envilecida, desamparada y explotada, que, aún rehuendo aparentemente su salvación, exige salvarse. Estas dos humanidades, unidas primero por un impulso de la Naturaleza, separadas luego por un estúpido decreto social, se funden al cabo empujadas por la justicia que impulsa á la una, por el ansia de redimirse que germina en la otra, ¡y forman una humanidad única, un sólo cuerpo, todo fraternidad y amor!...

«¡Salvar á quien cayó!... ¡Hacer sano lo que está ya podrido!...», exclamaban en la Princesa muchos espectadores, parodiando inconscientemente á los jueces y jurados que ocupaban la escena durante el acto segundo de *Resurrección*. ¡Eso es imposible!... ¡Bueno está para una comedia! ¡En la vida real, imposible, imposible de todo punto!»

¡Imposible!... Imposible! ¿por qué? Si esta sociedad, que luego de precipitar á sus individuos en la infamia, nada hace para redimirlos y no intenta nada tampoco por convertir en atmósfera honrada y pura, la atmósfera viciosa y criminal donde aquellos seres se agitan; si esta sociedad aplicase á la redención, á la regeneración, á la

dignificación moral de esos individuos las fuerzas que acumula para perderlos; si al egoísmo y la indiferencia de unos contra otros sustituyesen el amor de todos para todos, no imposible, fácil sería convertir en realidad augusta la fábula tolstoiana.

Cuando los hombres nacen, no nacen malvados ni justos; nacen hombres, materia dispuesta á producir el bien y el mal; todo consiste en el abono que reciben, en el ambiente que respiran, en la herencia fisiológica y moral que recogen. Con mayor ó menor esfuerzo, pero siempre según quién y cómo les empuja, pueden ir á la virtud ó al crimen; y pueden siempre, siempre, mientras quede en ellos un átomo de juicio y una partícula de conciencia, volver al bien, aunque el mal los tenga sujetos á su yugo.

No son palabras, no son comedias, no: son hechos reales.

Hace poco tiempo hablaba con nosotros el director de la Cárcel Modelo, y refiriéndonos con el gráfico y pintoresco estilo que avalora su conversación algunos casos notables presenciados por él, nos contó un suceso hace pocos días acaecido en una de las celdas que Millán Astray, en cumplimiento de su deber, visita á diario.

Ocupa esa celda uno de los *Arroperos* de los cri-

minales que, por la codicia miserable de un montón de plata, asesinaron á un prójimo suyo.

Aquél hombre—hoy condenado á muerte—esgrimió el puñal contra otro hombre indefenso, se cebó en él rasgando cien veces su carne estremecida por el miedo; no tuvo piedad antes del crimen, remordimiento después de ejecutarlo; con las manos llenas de sangre contó la parte de dinero que en el robo le correspondía. Por su ferocidad idiotesca, por lo salvaje é inicuo del delito, parece uno de aquéllos seres que hemos dado en el gusto de cédular como irredimibles.

Pues bien; este hombre, este asesino, entretiene las horas de su cautiverio en domesticar á dos pájaros, con quienes guarda todo género de afectuosas consideraciones y emplea las más dulces palabras.

Con ellos parte el pan que recibe en su celda; con ellos, las tristezas de la prisión y los terrores del patíbulo; son sus amigos únicos, los solos seres que le consuelan y distraen.

El otro día entró el director en la celda. El *Arropero* contemplaba á uno de sus pájaros. El otro pájaro no estaba allí.

—¡Cómo! ¿No tienes más que un pájaro?—preguntó el director.

—Señor Millán...—repuso el preso con acento turbado—es...

Y se detuvo, bajando la vista.

—¿Qué es?—le contestó el director.—¿Se ha muerto el pájaro?

—No, señor.

—¿Te lo han matado?

—No señor.

—¿Te lo ha robado alguien?

—No señor.

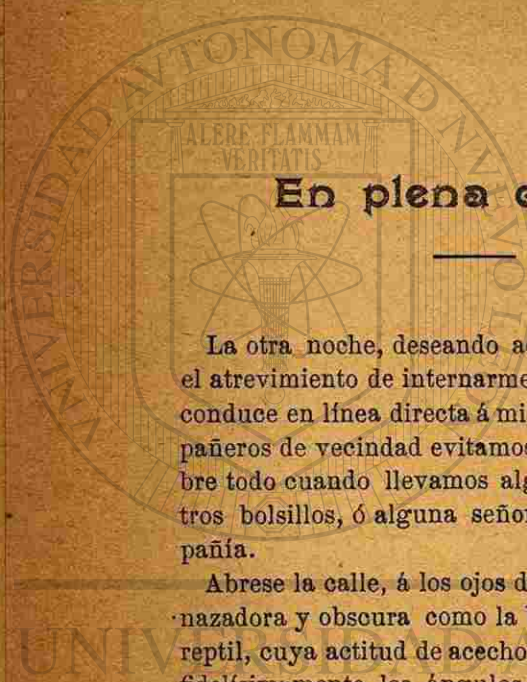
—¿Entonces?...

—Entonces... No se enfade usía conmigo... Ya sé que hice mal; sin permiso... pero...

—¡Vamos!... Acaba.

—Pues... El preso de la celda de junto á mí está muy triste; se pasa todo el día llorando... No le visita nadie... Hoy ha llorado más que nunca... ¡Daba lástima oírle! Y yo... Pues le he prestado uno de los pájaros *pa* que se distrajese unas *miajas*. Perdone usía.

¿Tan imposible es matar en ese *Arropero* el hombre del puñal y resucitar el hombre del pájaro?



En plena ciudad

La otra noche, deseando acortar camino, tuve el atrevimiento de internarme por una calle que conduce en línea directa á mi casa. Yo y mis compañeros de vecindad evitamos entrar por ella, sobre todo cuando llevamos algún dinero en nuestros bolsillos, ó alguna señora en nuestra compañía.

Abrese la calle, á los ojos del transeunte, amenazadora y oscura como la boca de un enorme reptil, cuya actitud de acecho en zig-zag remedan fidelísimamente los ángulos y curvas formados por edificios y tapiales con su alineación caprichosa; el reflejo amarillo de media docena de faroles sirve, más que de guía á los hombres, de ayudante á la obscuridad para que dibuje con su lápiz

borroso los muros del Hospicio y el conjunto de fachadas sin puerta, y puertas sin fachada habitable, que componen la antipática decoración.

Al pie de esos muros, de esas fachadas y esas puertas, sobresale una acera raquítica; á trechos se halla huérfana de baldosas; á trechos, obstruída por vallas de construcciones sin terminar. El espacio de piso, encauzado por las dos aceras, luce más hoyos que adoquines y más basura que hoyos. Bien es cierto que tocante á basura, hacen los andenes al centro de la calle honrosísima competencia. Los niños y algunos ciudadanos mayores de edad se encargan de obscurecer con las faenas que en tales sitios realizan, á criadas y barrenderos perezosos.

De día, la calle es solitaria; no recibe otras visitas que las del sol, dedicado á convertir, por obra de sus rayos, las desconchaduras rojizas de los edificios en llagas cubiertas de pus; las de la lluvia, que transforma el arroyo en fangal y la acera en charca; y las del aire, que levantando la basura y esparciéndola por la atmósfera, la enriquece con bocanadas fétidas.

Fuera de estos visitantes, la calle permanece casi siempre sola. Gracias que á uno de sus extremos se extiendan en fila cinco ó seis carros de al-

quiler, admirablemente dispuestos por sus conductores para que mulas y galgas obstruyan el paso de la acera; gracias si algún presuroso la recorre arrimándose á las paredes á fin de relacionarse lo menos posible con el sol, ó si cualquier sirviente llena su cántaro en la fuentecilla que gotea junto al Hospicio.

Durante las horas del día, la calle de la Beneficencia resulta, persona ó animal más ó menos, un desierto africano.

Però cuando viene la noche; cuando los últimos reflejos del sol, luego de esmaltar las copas de los árboles asomados á las tapias en ruinas, desaparecen, y el crepúsculo, graduando el agonizar de la luz con matices anémicos que pasan del amarillo al rosa, del rosa al violeta, y del violeta al gris, cede paso á la noche; cuando los faroles empiezan á brillar y las sombras envuelven edificios y muros, la calle se puebla con el silencioso ir y venir de siluetas humanas, que tan pronto se pierden tras el recodo de una tapia, tan pronto resurgen junto al quicio de algún portal, como se aplastan contra las paredes ó se agigantan sobre el arroyo.

Sería difícil afirmar si las tales siluetas son mujeres y hombres que entran en la calle con la noche y salen de ella con la aurora, ó fantasmas que

la calle vomita de sus entrañas con la primer niebla y vuelve á engullir en sus entrañas con el primer rayo del sol.

Más lógico parece inclinarse á afirmar lo segundo.

Aquellos seres, por su aspecto, por su vestir, por la bestial expresión de sus fisonomías, por lo cauteloso de sus actitudes, lo rudo de su acento y lo bárbaro de su lenguaje, parecen, mejor que humanas criaturas, monstruos infernales; y esto son, monstruos, pero monstruos que aborta, no el infierno bíblico, el infierno social, para que se mezclen en las tinieblas y se reproduzcan al aire libre y se comuniquen entre sí con giros y palabras emprestados al caló de los presidios y de las mancebías.

La civilización no ha tratado con ellos. Nacidos como la mala hierba, entre las piedras de la calle, ni el cariño amparó su niñez, ni la enseñanza su mocedad, ni el ejemplo su juventud. Pasando por todas las miserias, llegaron á todas las abyecciones, olvidados de la sociedad, reclusos del trato común, formaron tribu aparte; tribus salvajes que se amontonan en los rincones de todas las grandes capitales como la basura en los estercoleros.

En todas las grandes capitales existen esas tri-

bus, solamente que para buscarlas es preciso acudir á los sitios extraviados, á los puntos donde termina la urbanización y comienza el campo; donde los faroles no llegan con sus rayos, ni la policía con sus medallas. Madrid es más bondadoso con los aficionados á este género de exploraciones.

No hace falta en Madrid recorrer callejones y paseos extraviados para topar con esos grupos siniestros, con esas parejas horribles de quien nadie cuida y nadie se acuerda, hasta que la luz trágica de un crimen los destaca sobre las columnas de un periódico, haciendo poner el grito en las nubes á los filósofos de ocasión; no hace falta perderse en rincones á medio urbanizar para tropezarse con un enjambre de seres cubiertos de andrajos, seres moral y materialmente destruidos, los cuales, no sintiendo más impulsos en sus almas rudimentarias que los propios á las especies inferiores, el celo y el hambre, satisfacen aquél á semejanza de *El florero*, el estúpido y bestial asesino de su hembra, y tratan de aplacar su estómago cobrando á las perversiones del instinto miserable contribución, ú ocultándose en las tinieblas con objeto de sorprender, navaja en mano, al descuidado transeunte.

No; no hay que acudir á tan apartados lugares si se tiene el capricho de contemplar en el ejercicio de sus repugnantes ó temibles faenas á esos desperdicios humanos que se asocian y se despliegan en la obscuridad formando andrajosa legión, donde las hembras atraen la presa y los machos la sorprenden y la devoran; no hay que perderse bajo las copas de los árboles, tras las vallas que cercan los solares en venta, en el interior de los fosos, en los repliegues de un desmonte ó en los recodos de una callejuela sin urbanizar, para sentir las náuseas que el vicio mendicante produce y el triste espanto que provoca la miseria al convertirse en crimen; no hay que alejarse de Madrid para ver de cerca los horribles semilleros humanos que guardan el germen de criminales como *El florero* y de mujeres como la amante de *El florero*; no hay que abandonar el centro de la corte para encontrarse con esos rebaños feroces que faltos de pastor, buscan su pienso como pueden y donde pueden. En plena ciudad, en el mismo centro de Madrid, en la calle de la Beneficencia, junto á los muros del Hospicio; en el hueco de los portales sin fachada, en el ángulo de las fachadas sin portales, en mitad del arroyo, en el borde de las aceras, sobre los montes de basura y entre los ta-

blones de las empalizadas, ejerce su oficio un centenar de hombres y mujeres á quienes el vicioso busca y el transeunte huye y la policía no estorba.

Allí están desde la primera sombra que pare la noche, hasta el primer rayo de luz que bosteza el alba; allí están siendo á un tiempo vergüenza de los ojos y remordimiento de las conciencias, los monstruos humanos que el infierno social vomita; allí están paseando por la sombría calle sus miserias, sus vicios, sus crímenes, sin que nadie se cuide de ellos ni se ocupe de ellos, abandonados y desatendidos de todo el mundo, aguardando el momento en que la luz trágica del crimen los «destaque sobre las columnas de un periódico para entrar en la cárcel y ofrecer asunto á los anatemas y maldiciones de los filósofos de ocasión...»

Tierra andaluza

Caminaba el tren despacio, muy despacio, por los hoscos desfladeros de Sierra Morena. Sonaban á sollozos los resoplidos de la máquina, á suspiros roncós las palpitaciones de los ejes, á voces confusas de adiós el trajín acompasado de las ruedas y el besuqueo metálico de los topes. Despacio, muy despacio iba el tren, como si, doliéndole abandonar la tierra andaluza, quisiera separarse de ella lo más tarde posible.

¡La tierra andaluza!... Allí quedaba, teñida por las suaves entonaciones de un crepúsculo rosa, con sus plantales de naranjos, con sus bosques de olivos, con la paleta inmortal de sus jardines, con sus prados verdes y con su firmamento azul. Allí quedaba, oculta tras el negruzco murallón de la

blones de las empalizadas, ejerce su oficio un centenar de hombres y mujeres á quienes el vicioso busca y el transeunte huye y la policía no estorba.

Allí están desde la primera sombra que pare la noche, hasta el primer rayo de luz que bosteza el alba; allí están siendo á un tiempo vergüenza de los ojos y remordimiento de las conciencias, los monstruos humanos que el infierno social vomita; allí están paseando por la sombría calle sus miserias, sus vicios, sus crímenes, sin que nadie se cuide de ellos ni se ocupe de ellos, abandonados y desatendidos de todo el mundo, aguardando el momento en que la luz trágica del crimen los «destaque sobre las columnas de un periódico para entrar en la cárcel y ofrecer asunto á los anatemas y maldiciones de los filósofos de ocasión...»

Tierra andaluza

Caminaba el tren despacio, muy despacio, por los hoscos desfladeros de Sierra Morena. Sonaban á sollozos los resoplidos de la máquina, á suspiros roncós las palpitaciones de los ejes, á voces confusas de adiós el trajín acompasado de las ruedas y el besuqueo metálico de los topes. Despacio, muy despacio iba el tren, como si, doliéndole abandonar la tierra andaluza, quisiera separarse de ella lo más tarde posible.

¡La tierra andaluza!... Allí quedaba, teñida por las suaves entonaciones de un crepúsculo rosa, con sus planteles de naranjos, con sus bosques de olivos, con la paleta inmortal de sus jardines, con sus prados verdes y con su firmamento azul. Allí quedaba, oculta tras el negruzco murallón de la

sierra, sobre cuyos picachos moría el sol, rebujándose en un sudario de oro.

Allí quedaba, con su hermosa leyenda de alegrías pródigas, de amores románticos, de riquezas inagotables, de inextinguible fecundidad.

Allí quedaba, para que el artista la llevase á sus obras disuelta en perfumes de nardos, en murmuraciones de arroyos, en matices crepusculares, en efluvios de mediodías africanos, en melancólicos rayos de luna, en cantos llenos de pasión y en bailes escritos por la musa popular, con notas de lascivia, sobre un pentágrama de flores... Allí quedaba la Andalucía de los poemas y de los lienzos, evocando femeninas imágenes que encuadran, entre planchados trajes de percal y vistosos pañolones asiáticos, sus rostros morenos, y sus pupilas negras y sus labios color de lumbre, y sus dientes prontos á morder besos, y sus cuerpos determinados á regalar placeres.

Allí quedaba, abocetando sobre las palideces del anochecer tan deleitosas femeninas imágenes como abocetaba sobre los breñales del monte masculinos contornos, encarnaciones gallardas del amor y de la bravura.

¡La tierra andaluza!... ¡Qué espléndida, cuando surge á los ojos de la imaginación con sus nove-

lescos arreos y sus garras idílicas! ¡Qué siniestra, cuando se ofrece ante las miradas del juicio con sus realidades tristes! Impresionada por la imaginación del artista, ¡qué bella es! Fotografiada por la verdad, ¡qué horrible parece!

Observadla despacio, y descubriréis entre los bosques de olivos, y los planteles de naranjos, y los jardines salpicados de flores, y los prados cubiertos de hierba, incontables extensiones campes- tres faltas de cultivo, matrices de tierra infecun- das, no por esterilidad propia, por ajeno invigor, porque los poseedores de esas tierras no tienen vi- rilidad económica para fecundarlas á todas, y, se- mejantes á sultanes caducos, consienten que las hembras de sus harenes mueran vírgenes ó abandonadas, antes que ser generosos para entregarlas á hombres robustos que las maternicen, antes que ser francos para confesar su impotencia.

Mirad esas tierras, faltas de cultivo; fijaos luego en las cultivadas y contemplad á sus cultivado- res. Contempladlos cuando al opaco lucir del cre- púsculo matutino dejan sus hogares y emprenden la diaria labor con pasivo é indiferente esfuerzo de bestias mal nutridas; contempladlos después, entre la atmósfera asfixiante de los mediodías andaluces, encorvándose bajo el fuego del sol, sudo-

sa la piel, torpes los miembros, fatigada la respiración, reseco el paladar; vedlos más tarde, á los últimos reflejos del día, cuando enhombran el azadón y abandonan los surcos con aspeado caminar de piara en venta; vedlos, por fin, á la luz de la luna, dispersando en grupos, en parejas, en unidades humanas, para volver á sus casuchos con el mezquino jornal de tres reales llenando sus bolsas, el hambre mordiendo sus estómagos, la fatiga quebrantando sus músculos y el sueño acurrucándose en sus órbitas.

Fijaos en ellos; penetrad con ellos en las casas de las aldeas, en los corrales de las ciudades, y buscad allí las hembras andaluzas, que tienen en el hechicero rostro, demacrado por las privaciones, algo de trágico, impreso con salpicaduras de miseria, con gotas de llanto, con suspiros de angustia y metrificado con voces de súplica, con ayes de abandono, con llamamientos á la justicia y solicitudes al rencor.

Este es el poema que inspira hoy la tierra andaluza, cada uno de cuyos granos debía de ser un grano de oro; esa tierra que, contemplada desde las ventanillas del tren en marcha, trajo á mi memoria, por leyes de contraste, el espectáculo de las tierras valencianas, fértiles, fecundas, en cada

uno de cuyos granos palpita un germen, y en cada una de cuyas tahullas crece una cosecha; no porque la tierra valenciana sea mejor que la andaluza, sino porque casi todos sus cultivadores son, por precepto de la costumbre, copropietarios con el dueño. En ella resulta el trabajo más próspero, porque de él se aprovecha en parte el hombre que lo realiza; el campesino valenciano que tiene seguro el pan, limpio el traje y esperando épocas más justas, puede gozar en la presente un semi-bienestar honroso y un semiderecho al disfrute de los terrones que fecunda.

¡La tierra valenciana! Un insignificante precepto de justicia, un pequeño vínculo de fraternidad establecido entre quienes la poseen y quienes la trabajan, ha bastado para hacerla fértil. ¿Por qué no han de existir ese asomo de justicia, ese vínculo de fraternidad, siquiera en la tierra andaluza, donde incontables extensiones de terreno se pierden sin cultivo, y millares de seres humanos agonizan de hambre?

¿Por qué ha de ser poema de miseria, de odio y de lágrimas el poema de la tierra andaluza, debiendo ser poema de abundancia, de goces, de amor...?

Así decía yo mientras caminaba el tren despa-

cio, muy despacio por los hoscos desfiladeros de Sierra Morena.

—¿Por qué?...

Esto decía; metamorfoseados por las negruras de mi pensamiento, sonábanme á sollozos de angustia, los resoplidos de la máquina, á interjecciones roneas las palpitaciones de los ejes, á voces de rencor, el trajín de las ruedas y el golpeteo de los topes...

Despacio, muy despacio iba el tren; pero seguro, muy seguro, como debe estarlo la humanidad del porvenir.

Montón de ilusiones

Salgo de una tienda situada junto al Caballero de Gracia. En ella venden abanicos, paraguas, bastones, sombrillas... Una de esas cosas fui á mercar, y mercándola estaba, cuando mis ojos tropezaron casualmente con un rebujo de percalinas y de sedas, arrojadas con descuido sobre un rincón.

Eran disfraces; desperdicios del Carnaval, que durante él se mecieron en los escaparates, bajo el resplandor de las luces eléctricas ó envueltos por la luz del día, y ahora se arrugaban contra la pared, sufriendo condena de olvido y tormento de sombras.

Me acerqué á ellos y los removí con el bastón; aún desprendían olor á esencias y vahos de carne de mujer.

¡Pícara fantasía! Ella me hizo ir levantando con

la imaginación aquellos relucientes pingajos y ceñirlos á múltiples femeninas imágenes, que tapado el rostro con el antifaz, gallardamente erguido el cuerpo, graciosos los andares y provocativo el ademán, pasaban y repasaban frente á mí, enviándome con el perfume de su aliento el eco de sus fingidas voces y la música de sus frases, tan pronto burlonas y crueles como acariciadoras y dulces.

Todo un mundo carnavalesco resucitaba con el espectáculo de los arrugados disfraces en aquél viernes de cuaresma. ¡Quién sabe si entre tales disfraces andaría el de una mujer, á quien no conozco, que me daba cita en un baile á que no concurrí! ¡Quién sabe si ella me enderezó la misiva anónima por darse el gusto de conocer en facha de hombre á quien sólo por sus lecturas conocía! ¡Quién sabe si fué al baile pensando que un escritor era algo raro y nuevo, distinto de los otros individuos humanos! ¡Quién sabe si durante algunas horas experimentó la dulce ilusión de tropezarse con algo nuevo; y quién sabe, si yo, no acudiendo contra mi voluntad á la cita, le evité el disgusto de tropezarse con algo, ni extraordinario, ni nuevo, con un ejemplar más del surtido que compone la edición humana!...

Puede que fuese ella quien arropada en aquel dominó, paseaba con impaciente ir y venir, sus curiosidades no satisfechas aún, por el espacioso salón, borracho de colores y luces y risas. Yo pretendía rehacer su imagen, y envolvía con el despreciado capuchón una figura de mujer alta, esbelta, embellecida por la palidez que pintan sobre el cutis los desengaños y el dolor; la veía acercarse á mí, continuar en mi oído la comenzada historia de su epístola, y enseñarme después su rostro, prólogo hermoso de la novela de su espíritu.

Un torrente de capuchones rojos, amarillos, azules, verdes, rosa, cayendo sobre el papuchón de mis fantasías, lo ocultó, como un remolino de máscaras oculta en el baile á la máscara perseguida. Aquellos capuchones se alinearon también á impulsos de mi soñadora vigilia, para ser estuche de hembras hechiceras, que pasaban y repasaban en busca de una ilusión que realizar, y de un capricho que satisfacer.

Danza encantadora, mágica sinfonía de colores y formas, donde cada disfraz era una nota vibrante de deseos, de esperanzas, de planes en agraz ó de decepciones en germen.

De pronto, todos aquellos capuchones, ergui-

dos, vivientes, acusadores placenteros de carnelidades sublimes, se desplomaron contra el suelo, formando un montón de multicolores harapos. La voz del dependiente fué como un grito apocalíptico, que volvió los muertos á sus tumbas.

Había que pagar, y pagué, y salí de la tienda, dirigiendo una última mirada á los restos del carnaval, revividos por mi imaginación y sepultados por la realidad en un rincón lleno de tinieblas.

¡Pobres disfraces arrinconados! ¡pobres ilusiones las que nacieron y murieron con ellos en el breve espacio de tres días! Fiel trasunto de la vida humana, la vida carnavalesca, luego de vivir y luchar, se pudría en su sepulcro, hasta que le tocase renacer de nuevo, sabe la Naturaleza cómo y por qué y cuándo y en qué forma...

Allí, sobre la mesa, estaba la carta, por la máscara escrita á quien servía el papel azuloso de disfraz y el anónimo de careta.

También dormía arrinconado con otros papeles y también yo tuve el fantástico capricho de ir rehaciendo el alma que asomaba apenas entre los renglones nerviosos; y también ella traslucía y provocaba ilusiones tan acariciadas como insatisfechas. Ilusiones que acaso no serían nunca realidad; también cayó desde mis manos al suelo á los

compases de una campana que tocaba á sermón cuaresmal.

La recogí del suelo, y la abandoné sobre la mesa con pena grande, como se abandona un libro ameno que sólo hubo tiempo de hojear...

¿Que por qué he escrito esto? ¿Que por qué hablo de tales cosas? Pues por nada. Porque he leído una carta anónima en mi despacho y porque he visto unos disfraces rugosos en los rincones de una tienda.

Después de todo, una fantasía que dura dos horas, bien puede tener derecho á un artículo de veinticuatro.

Si llega á durar eso.



Sin sombrero

PARA SAINT-AUBIN.

Perfilada á mis ojos, vueltos los suyos hacia la luna del espejo y partiendo con sus diente-cillos un pastel, hallábase aquella hermosa criatura, que yo admiraba silenciosamente desde mi rincón de la casa Lhardy.

Admiración artística, claro. No puedo admirar oficialmente de otro modo á ninguna soltera honrada; pero, como artista, séame permitido recrear mi pluma en el saboreo de la encantadora mujer.

Delgada y alta, sin que su delgadez tocase en flacura y su alteza en desgarbo, lucía bajo el resplandor de los brazos eléctricos, su cuerpo, esbelto y fuerte, aprisionado en un gabán gris.

Caía el gabán hasta los piés menudos, que bajo él asomaban; caía, plegándose sobre el dibujo de la carne, como túnica griega, y doblándose hacia los hombros, para dejar libre el erguimiento de un cuello que sustentaba con su dorado pedestal, una cabeza donde alboreaba la pasión y reía la juventud.

La cara era entrelarga, de cutis blanco, rasgado por unos ojos andaluces, por una nariz respindada al remate de sus ventanillas y por unos labios bermejos, semejantes á una herida, á un mordisco dado por el amor en aquella piel que se ruborizaba al palpar moceril de la sangre.

De la nuca, vigorosa y potente, arrancaba una mata de pelo leonada que subía por ella, encrespándose y retorciéndose como una llamarada roja, idéntica por su forma y por su matiz á las que desprende el mineral de oro cuando se purifica en los hornos de fundición.

¡Lástima que tan hermosa llamarada se aplastase y perdiera bajo el sombrero encubridor de la cabeza, como se pierden las llamaradas del oro abrasado en la chimenea del horno!

De sombreros se hablaba—de los sombreros en el teatro, mejor dicho—entre la hechicera criatura, tres ó cuatro señoras más y un grupo de hombres que en torno de las mujeres rebullía.

En el grupo de hombres figuraba nada menos que Saint-Aubín, el antisombrerista triunfante. Era de ver cómo le cargaban (hablando en términos de esgrima) las cuatro señoras, y cómo respondía él á los ataques, con todos los arrestos corteses que imponía la condición de los adversarios.

Según éstos—es decir, éstas—los teatros habían desmerecido mucho desde que las damas ocupaban el patio de butacas sin los sombreros obstructores; eran teatruchos (tal fué la palabra, teatruchos) de barrio bajo, donde se confundían por falta del montículo diferenciador, la señora y la golfa; luego—según ellas también—las mujeres estaban menos guapas (¡herejes!) sin el armatoste; y ¡hasta dónde llegan las obcecaciones del combate! La muchacha del cabello rojo, la que mereció de la Naturaleza para adorno de su cabeza llamadas de oro fundido, dijo, en un arranque cruelísimo de luchadora:

—¿Qué afirman ustedes?... ¿Que los sombreros quitan la vista? ¿que no permiten ver la función? ¿Y eso, qué? La función es lo menos en los teatros á la moda; allí no se va á eso; la comedia es un pretexto para charlar y para lucir.

Claro que la deliciosísima rubia, el pedazo de arte hecho carne por la Naturaleza, no sentía lo

que estaba diciendo. Por inexcusables leyes de afinidad, ella, que es arte, no podía desdeñar el arte; quien conoce lo que el arte, lo que la belleza valen y pueden en cualquiera de sus manifestaciones, no los desatiende en ninguna. Fueron sus palabras como proyectiles cogidos al azar, para proseguir la pelea, arrojándolos sobre el enemigo.

Acaso fueran otra cosa: un alarde de irónica sinceridad, provocado en su espíritu por el espectáculo que ofrecen muchos lunes y viernes los teatros de moda cuando los cómicos hablan por un lado, los *habituales concurrentes* por otro, y el arte sube solo y triste hacia el anfiteatro, que comunemente está vacío.

Saint-Aubín se revolvía contra la embestida de las damas, afirmando tres cosas: que las mujeres están más guapas sin sombrero; que los teatros ofrecen cuadro más artístico desde que las damas han abolido el armatoste; y que los tales armatostes privan de ver y oír la función, que es á lo que lógicamente debe irse al teatro, aunque realmente se vaya á otra porción de cosas.

Protestas y alegatos resultaban inútiles. Las señoras siguieron en sus trece, y la joven de los cabellos áureos salió de Lhardy volviendo la cabeza hacia la luna del espejo y sacudiendo los de-

ditos de sus guantes, nevados por el azúcar del pastel.

Francamente, á mí, testigo mudo de la escena y estético admirador de la rubia, me hicieron, ignoro si los encantos ó los argumentos de aquélla, vacilar, y procuré evadirme sin decir adiós á Saint-Aubin, que proclamaba á voces lo que por cortesía retuvo antes prisionero en su lengua...

Y, vaya, que la discusión me había interesado mucho y que, deseoso de fallar, para mí propio, el pleito en justicia, me entré por la noche en un teatro.

La luz eléctrica inundaba la sala con sus limpios matices, cayendo á golpe sobre el patio de butacas, donde un ciento de cabezas femeninas, libres del sombrero, se erguían, coronadas de cabelleras negras, blancas y rubias.

Entre aquellas mujeres estaba la mujer de Lhardy. Su pelo rojo, la llamarada de oro fundido brotaba entonces de su cráneo en haz rebelde y amplio, para extenderse, como un incendio, por la hermosa cabeza, y remarcar con sus enérgicos matices las blancuras de la frente, el carmín de la oreja, la fortaleza de la nuca y el rojo provocativo de los labios.

Sin sombrero estaba, ostentando con orgullo la

ardiente cimera de su pelo, y siguiendo con sus ojos brillantes, con su alma entera, que se traslucía en el ir y venir del aliento la creación dramática, el arte que triunfaba, hecho vida, en el escenario, como triunfaba hecho carne en aquel soberbio cacho de humanidad.

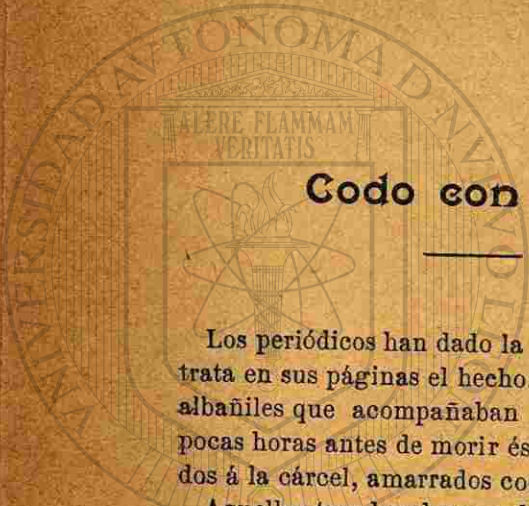
Estaba callada y sin sombrero... ¡Y estaba más hermosa que nunca!... Yo volví los ojos, buscando á Saint-Aubin, con objeto de decirle á voces:

—¡No pierdas minuto, si quieres vencer á tu enemiga! Llégate á la butaca que la ciñe, cógela del brazo, ponla delante de un espejo y grítale ofreciéndole, con la contemplación de su imagen, su mayor y más agradable derrota:

—¿Cómo se encuentra usted mejor, con el sombrero puesto y escuchando frases insulsas mientras representan los cómicos, ó con la cabellera de lumbre en libertad y el rostro coloreado por la emoción sublime del arte?

La mujer, que acata siempre el despotismo de la belleza—sobre todo cuando esta belleza es la suya—hubiera respondido sin vacilaciones:

—¡Así!...



Codo con codo

Los periódicos han dado la noticia; *A B C* trata en sus páginas el hecho: Justo Fister y los albañiles que acompañaban á Angel Gutiérrez pocas horas antes de morir éste, fueron conducidos á la cárcel, amarrados codo con codo.

Aquellos tres hombres, sobre quienes recayeron sospechas, nada más que sospechas, de que hubiesen intervenido directamente en el crimen, han paseado calles y plazas de la corte con los brazos sujetos por una cuerda y la libertad amonajada por una pareja de Orden público.

Dos de ellos han probado ya su inocencia; de la culpabilidad del otro no hay claros indicios, y, no obstante, hace tres días marchaban juntos y amarrados por el paseo de Areneros para que las

gentes, señalándoles y execrándoles al pasar, aumentaran con los sonrojos de la vergüenza los temores de la inculpación y las tristezas de la cárcel.

¿Por qué este ensañamiento de la justicia con los hombres caídos bajo su acción? ¿A qué el afán, el torpísimo afán, de exhibir como fieras encadenadas, criaturas que son todavía seres humanos? ¿Por qué afrentar en público á quien en privado va á sincerarse ó á corregirse? ¿Gana algo con ello la justicia? ¿Consigue alguna ventaja la ley? ¿Se influye beneficiosamente sobre la conciencia del criminal probado? ¿Se llevan gérmenes de arrepentimiento ó franqueza á la conciencia de los criminales presuntos? ¿Se dulcifica y ennoblece el corazón de las multitudes, obligándoles á presenciar el desfile de prójimos, convertidos en bestias feroces que son conducidas á la jaula?

No. La justicia, escarneciendo á quien condena, se convierte de juez en verdugo; la ley, permitiendo que se ponga por estrambote á sus artículos una soga erizada de seres humanos, afrentosa columna vertebral de un monstruo, que va y viene por carreteras y ciudades de este presidio al otro, se rebaja y se crueldiza; los criminales probados

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE MÉXICO
BIBLIOTECA
"ALFONSO REYES"
1930, 1920 MONTERREY, MEXICO

hacen de cada mirada que los transeuntes les dirigen, de cada frase que contra ellos pronuncian, semillas de odios; los criminales presuntos abren, con la vergüenza y el despecho que la pública rechifla les acusa, camino á las torpes enseñanzas que el presidio les brindará; las multitudes, acostumbándose desde su infancia á ver tratar á los delincuentes como alimañas, pierden toda idea de amor y compasión hacia ellos; ya no son prójimos fiscalizados por la ley, son personajes de un espectáculo gratuito, de una exposición cinematográfica, que comienza en la delegación, y pasa por el juzgado de guardia, y se interrumpe junto á la puerta de la cárcel, para seguir en las cuerdas de los presidios ó finalizar sobre el banquillo del garrote.

Pues si para nada bueno, ni útil ni justo sirve el paseo en trailla de criminales y sospechosos, ¿á qué realizarlo? ¿A qué conducir á los tributarios del Código penal por carreteras y ciudades amarrados codo con codo?

Siempre que pasa junto á mí una cuerda de presos, me hago esta pregunta; siempre, después de hacerla, siento impulsos de rebelión contra quienes disponen la ristra humana y sentimientos de piedad hacia quienes la constituyen; siempre

suben á mi cara de hombre libre sonrojos, como si la vergüenza de los hombres acordelados pasase de sus mejillas á las mías para castigarme con sus latigazos de lumbre.

¿Por qué atenacear moralmente á los miserables que la ley moralmente atenaceó? ¿Por qué tener la cruel complacencia de que esos miserables dirijan su última mirada á la libertad, al cielo azul, á los árboles verdes, á las casas donde los amantes se acarician, y los niños juegan, con los brazos sujetos á la espalda y la existencia amenazada por los fusiles de la guardia civil? ¿No es bastante aprisionar á una criatura y encerrarla dentro de una celda? ¿Hay también que amarrarla con cordeles y abofetearla con el bochornoso guantazo de una pública exhibición?...

Por delante de mis ojos acaba de pasar *la cuerda*. La componen veinte, treinta, cuarenta hombres, no importa el número.

Sus piés, llenos de polvo, pisan con pisar uniforme de recua; sus manos, amoratadas por la presión de los cordeles, parecen coágulos temblorosos de sangre; por sus ropas, hechas girones, asoman carnes que la intemperie ennegreció; sobre sus frentes inclinadas cae el pelo en mechones; sus ojos brillan con brillo tan mortal como los

cuchillos ajustados en los Mausers de los conductores; sus bocas hacen gestos de desesperación y amenaza... El sol destaca brutalmente el grupo; la gente lo contempla con más repugnancia que lástima, y el grupo sigue... sigue, con ondulaciones de reptil, hasta perderse en el boquete sombrío de la Cárcel Modelo.

Casi todos aquellos hombres son criminales que hundieron sus cuchillos en el corazón de sus prójimos, que desbalijaron las arcas ajenas, que ultrajaron las castidades de una virgen ó atentaron contra las canas sagradas de un viejo; pero casi todos son también seres nacidos en la miseria, criados en el abandono, faltos de amor, de educación, de pan; hombres que, sujetos á vivir en un ambiente propio de fieras, acabaron por volverse fieras, sin que la ley y la sociedad, representada por la ley, hiciesen cosa alguna para volverles á su primitiva condición de racionales. La ley, la sociedad, representada por la ley, no se ocupó de aquellos seres para redimirlos; preciso fué que un crimen turbara el público sosiego para que la ley se acordara de ellos; y, amarrados codo con codo, los mandase á la cárcel, hasta que fuera ocasión de mandarlos á las cuadras de los presidios ó á las argollas del garrote.

Mejor sería que la ley, aumentando escuelas, disminuyese cárceles; mejor sería que, sumando alumnos en las aulas, restara inquilinos á los presidios y á los garrotes; mejor sería que, evitando á las criaturas humanas convertirse en bestias, evitara que las bestias se hiciesen criminales. Mejor sería, para que la vergüenza de los hombres que cruzan las calles amarrados codo con codo, no subiese como un remordimiento y una acusación á las mejillas de los hombres libres.

Pero ya que eso no sea, evítese al menos á los desgraciados de quienes el abandono social hace criminales, el horrible paseo en trailla; evítese á los hombres libres el cruel espectáculo de ver á sus prójimos convertidos en fieras que se conducen á la jaula.

Esta costumbre bárbara de amarrar á delincuentes y sospechosos, sólo puede justificarse cuando el detenido opone resistencia, cuando amenaza la vida de otro; entonces debe consentirse un momento, sólo un momento; después hay vehículos, oficiales ó no oficiales, donde el sospechoso ó el delincuente vayan sin ser vistos por nadie; hay medios de suprimir el triste, el vergonzoso, el bárbaro y cruel espectáculo que los periódicos describen y *A B C* retrata: el acordelamiento de

dos albañiles inocentes y de un hombre que aún no es probado criminal.

Hay que suprimir eso, no para los tres hombres de ahora, para todos los hombres sujetos á las decisiones de la ley.

No acostumbremos á las multitudes á contemplar desde su infancia el siniestro paso de la cuerda erizada de hombres; rompamos la columna vertebral del monstruo que va y viene, por carreteras y ciudades, desde un presidio á otro presidio; no convirtamos en espectáculo la desdicha de un semejante. Más que ninguno, necesitan los tributarios del presidio compasión y respeto.

Cuando la compasión y el respeto faltan, el corazón de los criminales no se corrige, se pudre; el corazón de las multitudes no se dulcifica, se endurece.

Los primeros se hacen vengativos; las segundas se vuelven insensibles; y mientras los hombres presos preparan nuevas hazañas en las cuerdas de los presidios, los hombres libres... y las mujeres libres escriben cartas al director de la Cárcel Modelo demandando un buen sitio para ver el agarrotamiento de Cecilia Aznar.

La flor del carbón

La boca de la mina brillaba enfrente de nosotros pálida y redonda. Parecía una luna inmóvil sobre un cielo negro.

Dentro quedaba el mundo lúgubre de la hulla; un mundo que el reflejo de los candiles nos había ido mostrando poco á poco.

Bóvedas tenebrosas en las cuales florecían musgos color de nieve; paredes donde el agua, al tropezar con las vetas rojas que bordean el filón, se volvía sangre; boquetes, pozos invertidos á cuyo fondo se subía en vez de bajar: hornos ventiladores, empequeñecidos por la distancia para transformarse en estrellas; ir y venir continuo de las vagonetas sobre los carriles; continuo gotear de las filtraciones contra el suelo; golpear continuo

también de los picos en la rebelde cantera de ébano.

La mina entera había desfilado delante de mis ojos, dejando en el interior de mi cráneo multitud de visiones indeterminadas y confusas. Sólo una se destacaba entre ellas con absoluta precisión; los boquetes, los pozos invertidos, á cuyo fondo se subía en puesto de bajar, trepando por escalas firmes, haciendo oposiciones á gato, unas veces, y otras á reptil, para conquistar plazoletas minúsculas, boquetes algo más espaciosos, donde un hombre, un minero, andaba á piquetazos con el mineral y «á quién puede más» con la asfixia.

Ignoro si fueron las negruras morales de aquel cuadro ó las materiales negruras de la mina, motivadoras de mi ansia por salir cuanto antes, por salvar la distancia que me separaba del círculo redondo y pálido, de aquella luna inmóvil que se iba agrandando lentamente; pero es lo cierto que cuando el día me envolvió con su luz y el paisaje asturiano manchó de verde mis pupilas y el cielo las inundó de azul, imaginé que luego de estar muerto y enterrado durante dos horas, me desenterraban y volvía á vivir.

No respiraba solamente con los pulmones, satisfecho de absorber aire propio de hombres, aire

alentado con sol; respiraba con los ojos, con los oídos, con todo mi cuerpo; como los chiquillos que nacen.

Doblemente hermosos parecieronme entonces los montes que encauzan el extenso valle salpicado de pueblecillos blancos, de boscajes sombríos, de húmedas y melancólicas praderas; cien veces más alegre el viaje espumoso del río, que se encabrita sobre los peñascos y se desmaya entre los juncos; mil veces más dulces las voces femeninas que subían del valle haciendo competencias al río en amorosidad y en frescura.

Hermoso y atrayente, más hermoso y atrayente que nunca, cuanto al mirar mío se mostraba; los árboles, brotando de la tierra para subir al cielo y abrirse en encajes de ramas, y las chimeneas brotando de las fábricas para ascender al espacio y deshacerse en jirones de humo; las nubes embellecidas por los rayos solares, y los campos embellecidos por los capullos de las flores; los pájaros retozando en torno de sus nidos, y los hombres yendo y viniendo á la puerta de sus viviendas; porque todo, todo se poetizaba á mis ojos... Hasta una escombrera que entenebrecía con su negro desplome las verduras de la montaña, quiso engalanarse también, dejando que unas viole-

tas esmaltaran con el terciopelo de sus hojas el polvillo mate del carbón.

Era casualidad; pero antojóseme en aquel instante respeto, lástima sentida por aquella ola negra, que las palas de los trabajadores acrecían, hacia las flores ansiosas de vivir.

Bien los merecían por su humildad y por su belleza.

Como á hermanas suyas, debía contemplarlas una muchacha de quince años, que apoyándose en el regatón de la pala, dejaba perderse en las lejanías del valle sus ojos azules y dormidos.

Al igual de las violetas sobre la escombrera, erguíase ella junto á la boca de la mina. Era pequeña, delgada, su pelo rubio se desmechonaba sobre la nuca, como una toca de oro; de su cuerpo se adivinaba la esbeltez entre los harapos mal zurcidos para vestirlo; de su rostro tizado sólo se descubrían los ojos dormilones, los dientes blancos y los labios bermejos, que sonreían pliegándose en forma de capullo á punto de abrir.

Resultaba poética y seductora imagen, nota dulcísima de juventud, inclinándose sobre un abismo para recoger en sus oídos los rumores del río saltarín, y en sus pupilas las tonalidades suaves del crepúsculo.

Hija de mineros, allí estaba, removiendo el polvo negro del carbón con sus brazos débiles, mientras sus padres y sus hermanos cortaban la piedra negra del carbón con sus brazos robustos; allí estaba, junto á la mina enfrente del boquete redondo y pálido que parecía una luna inmóvil.

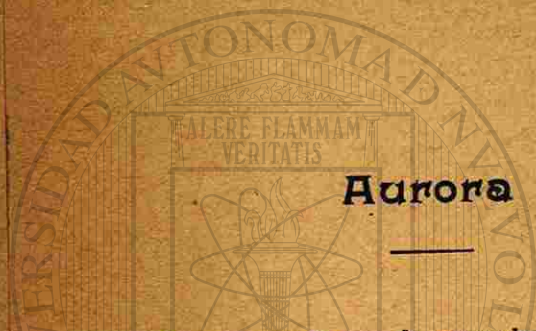
Allí estaba, apoyada contra la pala, rodeada de mineros tizados como ella y dejando perderse en las lejanías del paisaje el claro mirar de sus pupilas...

Después de contemplarla algunos instantes, volví la cabeza para dar á las violetas un adiós.

Habían desaparecido. Una paletada de escoria cayendo sobre ellas las dejó enterradas para siempre.

La muchacha seguía apoyada en el regatón de su herramienta.

¿Qué paletada negra la enterrará?...



Aurora

Descompasado coro de voces humanas que tienen por acompañamiento una guitarra y un acordeón, me hace abrir antes de hora los ojos.

La música y las voces se alejan, se debilitan y se extinguen al cabo. Mi sueño, ahuyentado por ellas, no vuelve. Preciso es tirarse de la cama y dirigirse hacia los balcones, por cuyas rendijas entran resplandores lechosos.

Y estaban los balcones de par en par. Un airecillo frío y húmedo alfileteera mi carne con pinchazos de ducha; la ciudad sumergida en la niebla, resulta masa informe de vago é impreciso contorno; la tierra desprende vahos fríos; el cielo apenas se descubre; sólo allá, en su fondo, hacia oriente, se dibujan dos nubecillas teñidas con pur-

púreas livideces y divididas por una línea color naranja. Es el desperezo del sol.

Poco á poco la entonación pálida de estas nubecillas se hace carmín; la raya naranja se acentúa y se extiende; los vahos que la tierra escupe, se transparentan hasta confundirse con el aire; la ciudad surge perezosamente de su baño de niebla y destaca sobre la atmósfera los tejados y azoteas de sus edificios cubiertos de goteante escarcha; los pájaros trinan entre las hojas de los árboles, barnizadas por el rocío; los hombres pisotean el lodo de las calles. El canto de los pájaros sigue la dirección del cielo, los ojos de los hombres también.

El cielo se ilumina con poética suavidad; por detrás de la raya naranja trazada en su Oriente asoman puntas de oro; las puntas de oro crecen y se dilatan hasta convertirse en varillaje de un enorme abanico que, á cuenta de país, se adorna con un cacho de cielo. El varillaje se abre por completo y endósela el rostro de sol que, cabeceando sobre el horizonte, saluda el nuevo año con una esplendorosa carcajada de luz.

La ciudad toda se ofrece como hembra enamorada á las caricias del eterno fecundador que saude hacia ella el polen dorado de su lumbre. Yo

camino al azar, siguiendo la marcha del astro por la población recién despierta.

¡Qué matices tan diversos adquiere, según los sitios donde toca! ¡Qué opuestas decoraciones presentan á la vista sus rayos!...

En los barrios antiguos, que recuerdan edades muertas y petrifican arquitecturas medioevales, penetra con temblorosa timidez. Parece que siente repugnancia y espanto viéndose forzado á alumbrar los restos de un mundo que vivió entre las brutalidades de la fuerza, los tormentos de la esclavitud y los horrores del fanatismo.

Apenas si en tales barrios besa el astro los remates de los edificios ó se pierde entre los dibujos de las altas ventanas. Tampoco ellos parecen gustosos de verlo. Dijérase que á su contacto se estrechan más las calles, cual si repugnaran que los solares resplandores alumbrasen su historia. Los edificios también contraen su masa granítica, y aguzan sus ojivas puntiagudas, y afirman sus cierres para impedir el paso del eterno vencedor de la sombra.

Esas casas y esos edificios no quieren nada con el sol.

—¡Vete! ¡vete!—aparentan gritar por las desgarradas bocas de los monstruos que los salpica.—

¡Vete!... ¡No entres aquí! Esto es un sepulcro; la tumba de un mundo desaparecido para siempre. Las tumbas no precisan color. La muerte vive de frialdades, En frialdades de perpetua sombra quieren vivir mis muros grises, mis almenadas azoteas, mis torres picudas, mis ojivas ruinosas, mis artesonados polvorientos. ¡Vete! No ilumines el muestrario de una época en que la humanidad gemía aplastada por la maza de armas del señor y la cruz del fraile. Tú eres vida. ¿Qué haces entre nosotros? ¡Vete!

El sol, acobardado por tan agrio recibimiento se detiene en la cúspide de las construcciones medioevales, y soslayando las estrechas vías, ilumina sus muros grises con amarillosos fulgores de cirio.

Luego huye de ellos y se encamina hacia la ciudad nueva, hacia los barrios populosos y ricos, que se abren á la luz con sus últimas fachadas, y sus calles anchas, y sus comercios en función, y sus aceras en trajín humano, proclamando el febril existir moderno, la brutal é incesante lucha que por el disfrute del oro libran los hombres, sacrificándolo todo á su acaparamiento, explotándose unos á otros sin escrúpulo y sin compasión para conseguirlo.

Aquella es la ciudad del mundo presente; el reino ostentoso donde la hartura cobra tributo á la miseria, y la humanidad gime aplastada entre talegos de duros y fajos de billetes de Banco.

En esos barrios entra el sol con franqueza brutal, restregándose contra las paredes de las casas, que á su contacto parecen sudar oro líquido, esmaltando el barro de las calles con reflejos color de sangre; metiéndose en el cráneo de los hombres como lluvia ardiente y metálica que tintinea dentro de los sesos con ruido de dinero contado febrilmente por las manos de un loco.

Vista á distancia esa parte de la ciudad que el sol envuelve como un vapor rojo, parece descomunal hoguera, donde todo arde para convertirse en oro fundido, hacia el cual extienden sus manos temblorosas hombres y mujeres que van y vienen á los resplandores de la llama en actitud de almas en pena.

Sí: en aquellos barrios alumbrado el sol con abrumadora esplendidez; pero su luz tiene entonaciones siniestras, matices bermejos parecidos á los que tiñe la atmósfera en esos crepúsculos trágicos, durante los cuales se transforma el cielo en un mar de sangre, donde naufraga angustiosamente la luz.

Sí: aquello es vida; pero vida horrible, vida calenturienta, insana, cruel; y el sol pasa por los hermosos barrios de la ciudad nueva como los incendios, alumbrando y quemando á un tiempo; pasa por ellos y se dirige, levantando sobre el horizonte torbellinos de lumbre, hacia los barrios de la ciudad novísima, recostada sobre la montaña, rodeada de huertas verdes y mecida en su sueño por los vaivenes de un aire puro y sano que trasciende á fruta y se impregna con perfumes de flores.

En aquellos barrios entra el sol risueño, alegre y satisfecho, como niño que regresa á su hogar. Se detiene en todas las fachadas, fachadas humildes, tras las cuales fabrican nidos las familias obreras, y los llena de rayos, convirtiéndolas en joyeles de múltiples cambiantes; se mete por las ventanas y los balcones entreabiertos, para cubrir de besos calientes y vivificadores los cuerpos rendidos por las faenas de la tarde anterior; se esparce por los minúsculos huertecillos, besándolos hoja por hoja y tallo por tallo; rastrea por los sembrados, trepa por los árboles, gatea por las quebraduras, y va y viene de puerta en puerta, despertando á todos con el cálido himno de sus rayos, y recostándose, para descansar un instante, en

los picos de la montaña, encaperuzados con nieve.

¡La ciudad novísima! ¡Qué hermosa está cuando el sol amanece! La vida futura, la santa vida del trabajo surge de ella como una bendición; las puertas vomitan hombres y mujeres, que emprenden el camino de la fábrica y del taller, dando al viento sus blusas azules y sus faldillas de percal. Esa humanidad trabajadora avanza, avanza siempre, para invadir la ciudad nueva, que el sol transforma en hoguera gigante, y la vieja ciudad que el sol ilumina con amarillosidades de cirio. Hacia allá va, trabajosa, dolorosa, rebeldemente, como va el mundo hacia el porvenir; pero va, va un día y otro, dejando á su espalda la ciudad novísima, que se yergue bajo el sol con sus fachadas llenas de luz y sus huertecillos pródigos en frescura.

Sol y aire. Eso necesitan los hombres todos para vivir su existencia animal. Libertad y amor, eso necesitan también todos los hombres para vivir su existencia humana.

Eso necesitan, eso tendrán. Eso parece ofrecerles el primer sol del año, convirtiendo en fèretro la ciudad antigua, en hoguera la nueva ciudad, y en paisaje idílico, en fraternal y caliente nido, la ciudad novísima.

Eso será. ¿Cuándo? ¿Cómo? ¿Cuánto costará que lo sea?

Un escuadrón de nubes negras cae sobre el sol naciente; lo oculta á los ojos, lo desvanece con sus negrísimos crespones; la lluvia descende á la tierra en llanto menudo, y la ciudad toda se sumerge en un baño de niebla gris, que hiela el tuétano en los huesos.

Rasgaduras

Rasgó al azar uno de los diarios puestos sobre la artística mesa de escritorio, cogió el pedazo más pequeño y, envolviéndola en él, me entregó su fotografía, avalorada con la cortés dedicatoria que escribió muy cerca de mí su manecita cubierta de brillantes.

—Tomé usted— me dijo, prestando la mimosería de su acento italiano al idioma español en que hablaba entonces—tome usted, y no olvide nunca el original del retrato, el afecto que nos ha unido y nuestro almuerzo de despedida... ¡Ah! No baje usted á la estación, allí debo ser para el público. Hagamos lo que en el teatro: Usted entre los bastidores y el público en la sala. Sólo que en esta escena acaso no haya *mutis* que nos permita volvernos á encontrar en el mundo.

Hubo un silencio durante el cual mis ojos reco-

rrieron el elegantísimo gabinete decorado por la actriz para vivirlo seis meses, con igual lujo que si hubiera ido á ocuparlo años y años.

Muebles que le costaron un dineral y malvendió el día antes, mostrábanse en desorden, como si fueran seres animados que se habían revuelto angustiosamente para dar á su dueña el último adiós. Encima de una de las mesas veíanse cuatro ó cinco estuches abiertos, donde relampagueaban joyas no empaquetadas aún; sobre la *chaise longue* de raso azul pálido caía desmayadamente, con las mangas recogidas sobre el almohadón y los botones sueltos, su bata de encaje, conservando todavía entre sus pliegues desodernados el perfume favorito de su ama; por la boca de un baúl sin cerrar asomaban terciopelos y blondas, y por la de un tarjetero de bronce cartulinas cubiertas por coronas que representaban las tradiciones feudales de todos los pueblos, por nombres que tuvieron la modestia de no coronarse litográficamente con hojas de laurel y por apellidos cada una de cuyas letras era un cheque á la vista, con las cantidades en blanco.

Todo aquello significaba algo así como el resumen de los tributos rendidos por la gente á la belleza y al talento de una mujer, que en el cenit

de su hermosura y de su genio volvía locos á los hombres que la adoraban y á los públicos que la aplaudían.

Y allí, en un rincón de aquel nido provisional, junto al veladorcito donde se besaban dos tazas de café, que sólo conservaban posos del fruto que las perfumó, estaba ella, la actriz favorita del público, la mujer tirana de sus adoradores, acodada sobre el plano de jaspe, apoyada la frente en sus manos cubiertas de brillantes y dejando rodar por sus mejillas dos lágrimas de pena.

Allí estaba la artista incomparable, la hembra hermosísima, la dominadora de multitudes é individuos, la que derrochaba su hermosura y su genio y su oro, sin cuidarse del pasado, sin cuidarse del porvenir, atenta sólo al disfrute que le proporcionaba su reinado de gran cómica y de gran mujer.

Allí estaba, sin acordarse del oro fundido por sus manos, de los corazones rotos por sus desdenes, de los nombres que representaban cada una de sus joyas; allí estaba dejando caer por sus mejillas dos lágrimas de pena... ¿Eran recuerdo dedicado al último público que la había aplaudido? ¿Al último hombre que rindió? ¡Vaya usted á averiguar!...

—¡Ea!—exclamó, sacudiendo con un dedo sus lágrimas, y dirigiéndose hacia mí.—Cuando las temporadas terminan... terminan. Adiós.

—Adiós—contesté.

Y abandoné su gabinete, mientras ella se disponía á rendir nuevos públicos, á enloquecer á numerosos hombres y á derrochar nuevos caudales.

* * *

Al llegar á mi casa deslié el trozo de periódico, lo puse distraídamente encima de la mesa y clavé los ojos en el retrato de la actriz; por casualidad tropezaron aquéllos, cuando se apartaron de éste, con el pedazo de papel, deteniéndose sobre unas titulares negras, donde se leía el siguiente nombre: *Enriqueta Alemany*.

Era un entre artículo y suelto necrológico, dando cuenta de que la notable cantante y la hermosísima mujer que se había hecho admirar de los públicos, adorar de los hombres y envidiar de las gentes por su fastuoso modo de vivir, acababa de morir en un hospital de Barcelona, vieja, pobre, inútil, abandonada de todo el mundo.

¡Tristes ironías del azar! El periódico envolvedor de la imagen que representaba á una artista

y á una mujer en el apogeo de su genio y de su belleza, traía el recuerdo de otra criatura, si no tan gran artista como la primera, tan hermosa como ella, tan amada como ella, tan prodigiosa como ella también; de una criatura que, acaso al mismo tiempo que la otra, rodeada por una multitud entusiasta, tomaba el estribo del tren para conquistar nuevas tierras con sus triunfos de actriz, de hembra, y de fastuosa, iba camino del cementerio, estrechada por ataúd humilde y conducida por un carromato para encontrar lecho definitivo en la tierra de la fosa común.

—¡Infeliz Enriqueta Alemany!—estuve á punto de exclamar con el autor de la noticia.

¿Infeliz?... Infeliz, ¿por qué?

Durante veinte años fué reina del género á que dedicó sus talentos; cientos de públicos la aplaudieron en pie; cientos de hombres suplicaron su amor de rodillas. Sus trajes y sus joyas fueron envidia de las mujeres; sus triunfos escénicos, de sus compañeros en arte; sus trenes, de la multitud; sus viviendas, de sus visitantes. Por espacio de esos veinte años triunfó, amó, gozó, gastó, reinó, *vivió*... Si al cabo de esos veinte años, la vejez marchitó su rostro y destruyó sus facultades; si la miseria tomó desquite de sus despilfa-

ros, y la muerte vino á sorprenderla en el lecho de un hospital cualquiera, no debe llamársela infeliz. Pagó una deuda y nada más.

No; no debe compadecerse á los artistas, porque en el pináculo de sus glorias, derrochan su oro y su salud y su talento prodigándolo á manos llenas, sin acordarse del pasado y sin pensar en el porvenir, para recoger como pago de este despilfarro total una vejez mísera y una tumba anónima. Durante la época de sus triunfos han gozado, han vivido doble que esos otros seres precavidos que cuentan las pesetas y los garbanzos, que gradúan placeres y dolores, que lo tienen previsto todo, todo, hasta el coste de la funeraria. No se quejen los primeros si, viviendo mejor, mueren peor que los segundos.

Saben, artistas ó no artistas, quienes derrochan así la vida, el destino que les aguarda. Si sabiéndolo, hacen lo que hacen, por cuestión de temperamento ó por desprecio del futuro, no hay por qué llamarles infelices, ni para qué compadecerles; como tampoco hay que burlarse de los que sacrifican su juventud á fin de tener seguros la vejez, la agonía y el entierro.

Unos y otros tienen su gusto y recogen las consecuencias.

Después de todo, ¡vaya usted á averiguar quiénes llevan razón!... ¿Son los que aceptan diez, quince, veinte años de existir pletórico en placeres y éxitos y fastuosidades, á cambio de diez, de quince, de veinte años miserables y de un sitio en la fosa común? ¿Son los que moderan su vida para tener prontos y dispuestos á cualquier hora los caldos que pueden ayudarles á bien morir y los caballos que han de transportarles al cementerio?

Lo ignoro. Punto es éste en que me ha hecho ocuparme el azar del retrato y de la envoltura del retrato, pero que nunca discutí.

¿Para qué?

Viva cada uno como quiera, y la muerte con todos.

La pesca del rey

Hojeando la colección ilustrada de un diario alemán, tropecé ayer con la más graciosa caricatura que pueda imaginarse.

Estaba dividida en varios cuadros y representaba á un rey, de pesca.

Ignoro si el monarca en caricatura, era absoluto ó constitucional, de éste ó de aquél país. Tampoco importa mucho; todos los reyes se parecen; á todos, punto más ó menos, puede aplicárseles la historieta del caricaturista.

El rey del cuento va de pesca. Ocupa una lancha empavesada con multicolores banderines, tapizada con terciopelos y con rasos, embutida de oro y marfil. A popa, ondea el real estandarte; no es fácil distinguir su nacionalidad: los colores son confusos para que cada cual los precise á su antojo. El rey ocupa, naturalmente, el sitio más có-

modo; á su espalda, sopla que te sopla una banda; en torno suyo, agrúpanse altos dignatarios y hermosísimas damas. Todos aparecen caña en ristre, á ver lo que se pesca. El monarca tiene también su caña, que parece un cetro alargado.

Su majestad, real, imperial ó universal, como ustedes gusten, manifiéstase muy gozosa con el entretenimiento que le proporcionan sus validos y aduladores; éstos siguen con gestos de admirativo asombro las más insignificantes acciones del coronado pescador.

Hasta aquí, la caricatura no ofrece nada de particular. Un rey pescando, cazando, montando ú oyendo misa, es cosa de puro corriente, inapreciable. Los reyes modernos gastan en eso media vida; la media sobrante la dedican á comer, dormir, gobernar y otros menesteres.

Lo gracioso de la caricatura está en el cómo se verifica la real pesca.

Los anzuelos, todos los anzuelos de todas las cañas, aparecen entre las aguas, colgando de un hilo. Millares de peces van y vienen en torno suyo, mordisqueando las carnadas, dando al sol que por entre las aguas filtra, sus inquietos y plateados cuerpecillos. Son peces de menor cuantía, *morra-lla*, sin anchura de boca bastante para tragarse

los anzuelos. Estos son iguales, absolutamente iguales, menos el de su majestad, rematado por una coronita de oro.

En la superficie del mar se dibuja la quilla de la lancha, acariciada por los besos de un oleaje tímido; en el fondo se descubre á un buzo, con la escafandra ceñida á la cabeza y el vestido impermeable al tronco. Sus piés se deslizan sobre la arena, tapizada de hierbajos y conchas. Sus manos sostienen un enorme cesto de mimbres.

Está lleno de peces; peces grandes, gordinflones, de aletas anchas y bocaza descomunal; los peces se revuelven y pelean dentro de su jaula. De tiempo en tiempo el buzo destapa la jaula, mete una mano en ella, saca un pez, un pez vivito y coleando, se acerca al anzuelo real, lo mete en la boca del cautivo, suelta á éste, éste da tres ó cuatro desesperados tironazos, el hilo sujeto al anzuelo se tiende, y anzuelo é hilo juntos empiezan á subir, poco á poco, hacia arriba, balanceando la fácil y atormentada pesca.

Sigámosles; lleguemos unos segundos antes que ellos á la lancha real.

El momento es solemne. El rey tira cautelosamente de la caña; todas las cabezas, incluso la suya, están inclinadas hacia el mar. Ya sube, ya

sube, parecen decir todos abriendo las bocas y agitando las manos. Y en efecto, el cautivo llega y se retuerce á los piés del rey, que le contempla orgullosamente, mientras cortesanos y cortesanas aplauden con verdadero frenesí.

Su majestad parece encantado, los demás también, sólo que él lo está de veras y los otros vuelven las cabezas para reír.

El pobre rey no inspira risa, inspira lástima, como todos los engañados. ¡El se cree de buena fe un pescador superhumano! ¡Qué sabe del buzo, y del canastillo, y del anzuelo diferenciador!

¡Qué sabe el infeliz!... Para él todo aquello es verdad, como lo es para él, solamente para él, el respeto y la admiración que le tributan sus aduladores. ¿Qué importa que el buzo prenda los peces en la trampa? ¿Qué importa que los aduladores vuelvan la cara para burlarse del engañado y para celebrar el engaño? El rey no lo ve, no lo sabe. Aunque se lo dijeran, no lo creería.

¿Cómo va á creerlo si desde niño le tienen hecho á respirar aires de mentira y á ver, con los ojos de los demás, los paisajes que le pintan los demás á su gusto y á su conveniencia?

¿La verdad? ¿Quién se la enseñó nunca? ¿Quién le puso frente á la vida? Todos fueron juntos á

mentirle, á hacerle creer que Dios en el cielo, y en la tierra él, eran los únicos seres gloriosos y omnipotentes é impecables.

¡La verdad! ¡Pobres reyes! ¡Ni en la cuna tropiezan con ella, porque su nacer mismo no es considerado como el advenimiento de un hombre más para la vida, sino como el hallazgo de una figurilla más para el trono...

¡Siempre el anzuelo señalado! ¡Siempre el buzo apercebido con la cesta de mimbres, en el fondo del mar!...

¿Visita el rey las poblaciones de su reino? Ya está todo preparado fantásticamente para que considere entusiasmos del alma lo que son alegrías compradas con el favor ó con el oro. ¿Entra en una fábrica? Nada encontrará sucio ni falta de ventilación; los obreros—existen obreros para todo—le dirán que la fábrica es un Paraíso y el amo un Jehovah misericordioso. ¿Baja á una mina? Le contarán, le harán creer que en aquella mina no se ha reventado nadie ni se ha asfixiado nadie; que el grisú es un engañabobos, y el arsénico un mito, y el mercurio un medicamento. ¿Le llevan á un centro literario ó científico? Saldrá convencido de que en su reino no hay más que sabios y poetas y artistas. ¿A una escuela? Volverá

seguro de que en su reino no hay analfabetos. ¿A un asilo? Afirmará que en su reino no hay pobres. ¿A un hospital? Sostendrá que los enfermos sin recursos son afortunados individuos. ¿A un cementerio? Deducirá de su inspección que los muertos se pudren á gusto... Tal vez sea esta la única verdad con que sus credulidades tropiecen.

¡Siempre la lancha! ¡Siempre el anzuelo señalado!... ¡Siempre el buzo con el cesto de mimbrés!

¿Quién hará entender al rey pescador de la caricatura que no es un pescador inigualable? ¿Quién le apartará de sus opiniones?

Nadie, como no aparezca de pronto un monstruo submarino, que de una dentellada se trague al buzo y de un coletazo vuelque la lancha.

¿Me conoces?

Te conozco

Punto menos que desierto estaba el *foyer* cuando tomé asiento en uno de sus rojos divanes. Varias parejas que se recostaban en otros, cuchicheando con las caras muy juntas, eran, no estorbo, favorecedores de mi soledad. A buen seguro que ninguna de ellas pondría su atención en mí. Tampoco yo turbaría la soledad suya con estúpidos curiosos.

Las puertas del salón, estrujadas por el entrar y salir de la gente, mandaban á mis oídos y á mis ojos vibraciones musicales y relámpagos luminosos. Envuelto con ellos salía también un jadear sordo y caliente; era el aliento de la multitud.

Espectáculo hermoso el del salón, convertido por los focos eléctricos en un enorme baño de luz.

Dentro de él flotaban como navíos empavesados con terciopelo y oro, los palcos, rebosantes de mujeres con antifaz y de hombres con frac. Todos se inclinaban en confusión gallarda de líneas y sexos hacia el fondo de aquel mar transparente donde se sumergían y braceaban, convertidas en buzos pescadores de dichas, cientos y cientos de encapuchadas criaturas. Eran las notas musicales rumor de las diáfanas ondas, y eran los papelillos rojos, azules, morados, amarillos, naranja, violeta y verdes, que de las alturas caían, algo así como si el arco iris hubiese tenido el capricho de convertirse en lluvia. La voz de las mujeres aflautada por el fingimiento, sonaba á cantares de pájaro; la de los hombres, enardecida por el deseo, á suspiro de amor. El aire rompía contra la techumbre en nubecillas blancas; el gran foco central parecía, más que sol, luna poética de un mundo loco y fantástico, que, al igual de las visiones descritas por los trovadores, estaba llamada á morir cuando naciese el amanecer.

Hermoso, muy hermoso era el espectáculo del salón. No obstante, yo acababa de abandonarlo. ¿En obsequio de la misantropía? ¿del hastío? ¿del

desdén con que se trajean quienes se llaman hombres superiores? Líbreme la suerte de ser cursi. Estoy á punto de ser viejo y aún echo mano á la poca juventud que me va quedando por gastar para derrocharla. Salí al *foyer* con la exclusiva finalidad de fumarme un cigarro.

Fumándolo estaba, cuando una máscara—una mujer, naturalmente—sobre cuyo garboso cuerpo caía á pliegues anchos un capuchón que sólo descubría las puntas de sus pies y los remates de sus manos, se acercó á mí con andares de sombra; tan suave era el deslizamiento de los pasos. Alcé mi vista buscando la cara de aquel cuerpo. Una careta, tan cumplida como el capuchón, la ocultaba, permitiendo únicamente ver dos ojos claros puestos en mí con inexpresiva fijeza.

—¿Me conoces?—dijo la máscara, sentándose descuidadamente á mi lado.

—No—respondí, luego de mirarla con atención.

—¿No? ¡Parece mentira!... Yo sí te conozco.

—Es natural, no vengo tan disfrazado como tú.

—Déjate de chistes. Te conozco, entiéndeme bien, te conozco en la verdadera y completa acepción que tiene esta palabra.

—¡Ah!...

—Sí; te conozco, como tú mismo.

—Como yo!... Entonces no hables de afecciones completas. Si me conoces como yo, vives en el más completo desconocimiento de mi humilde persona.

—¿Eh?

—¿Qué más quisiera yo sino conocerte, hija mía! Ocasiones hubo en que llegué á creerlo también. Así soy—he exclamado para mis adentros.—Así. Y al otro día un rayo más de sol, una palabra más de cariño, un gesto cualquiera, un nuevo pensamiento, han modificado mi ser físico y moral, rectificando y enmendando mis más insignificantes acciones.

—¿Conocerme!—segui.—¡Ay, si yo estuviese cierto de que me conocías tú, cogiérate por esa mano y, de grado ó por fuerza, te obligaría á no abandonarme jamás, á ser perpetuo espejo de mí propio! ¡De seguida te soltaba yo! Joven ó vieja, hermosa ú horrible, hiciérate la compañera inseparable de mi vida. Conociéndome yo ó conociéndome tú bien, fuera yo todo un hombre, porque tendría la medida exacta de mi ser. Teniendo esa medida exacta, terminaron las equivocaciones constantes y los arrepentimientos diarios, y el llegar en mis ambiciones al ridículo, y el tocar con

mis derrotas en la cobardía, y el ser juguete de las criaturas y maniquí de las ideas y *pim, pam, pum*, donde mujeres y hombres ejercitasen su crueldad... ¡Conocerme! No seas niña. Ni tú me conoces, ni yo tampoco me conozco; y perdona esta filosofía de *foyer*.

—Sí; te conozco—repuso la máscara.—Te conozco como tú me conoces á mí.

—¡Yo!

—Mírame.

—¡Tú!

—Niega ahora que te conozco y que me conoces.

—Ahora más que nunca. Nos acercó el deseo, el deseo es un ciego, nos tuvo unidos la pasión, otra ciega; y nos separó el odio, más ciego aún que el deseo y que la pasión. ¿Cómo vamos á conocernos? Ni tú á mí, ni yo á ti, ni nosotros á nosotros mismos. Créelo. Fuente de bondades y grandezas fuimos el uno para el otro en las horas de confianza y de venturas y de amor. Monstruos, en las horas de perfidia y de penas y de aborrecimiento. Seres vulgares seremos el uno para el otro dentro de algunos meses...

¿Eramos tan buenos y tan grandes al comienzo de nuestros amores? ¿Fuimos tan ruines y malva-

dos al final? No. Ni nos conocíamos antes, ni nos conocemos ahora, ni nos conoceremos tampoco después. Con careta ó sin ella, el *¿Me conoces?* y el *Te conozco* son, en el baile y en la existencia, preguntas y contestaciones que se hacen y se dan al tum, tum, por seguir la broma.

Ella se puso la careta, yo tiré el cigarro y cada uno por una puerta entramos en el salón de baile, en el inmenso baño de luz donde hombres y mujeres se decían *¿Me conoces?* y *Te conozco*, entre el caer incesante de los papelillos arco iris.



FIN

ÍNDICE

| | Págs. |
|------------------------------|-------|
| La cebra..... | 5 |
| La paloma..... | 11 |
| El oso blanco..... | 17 |
| El modorro..... | 24 |
| Regando flores..... | 33 |
| Aire y luz..... | 39 |
| Sinfonía en blanco..... | 45 |
| Un vástago del Cid..... | 51 |
| Grabados..... | 58 |
| Dos de Mayo..... | 64 |
| En la grada..... | 69 |
| Entre animales..... | 74 |
| Nube..... | 80 |
| Problema resuelto..... | 85 |
| Resurrección..... | 93 |
| En plena ciudad..... | 100 |
| Tierra andaluza..... | 107 |
| Montón de ilusiones..... | 113 |
| Sin sombrero..... | 118 |
| Codo con codo..... | 124 |
| La flor del carbón..... | 131 |
| Aurora..... | 136 |
| Rasgaduras..... | 144 |
| La pesca del rey..... | 151 |
| ¿Me conoces? Te conozco..... | 157 |

dos al final? No. Ni nos conocíamos antes, ni nos conocemos ahora, ni nos conoceremos tampoco después. Con careta ó sin ella, el *¿Me conoces?* y el *Te conozco* son, en el baile y en la existencia, preguntas y contestaciones que se hacen y se dan al tum, tum, por seguir la broma.

Ella se puso la careta, yo tiré el cigarro y cada uno por una puerta entramos en el salón de baile, en el inmenso baño de luz donde hombres y mujeres se decían *¿Me conoces?* y *Te conozco*, entre el caer incesante de los papelillos arco iris.



FIN

ÍNDICE

| | Págs. |
|------------------------------|-------|
| La cebra..... | 5 |
| La paloma..... | 11 |
| El oso blanco..... | 17 |
| El modorro..... | 24 |
| Regando flores..... | 33 |
| Aire y luz..... | 39 |
| Sinfonía en blanco..... | 45 |
| Un vástago del Cid..... | 51 |
| Grabados..... | 58 |
| Dos de Mayo..... | 64 |
| En la grada..... | 69 |
| Entre animales..... | 74 |
| Nube..... | 80 |
| Problema resuelto..... | 85 |
| Resurrección..... | 93 |
| En plena ciudad..... | 100 |
| Tierra andaluza..... | 107 |
| Montón de ilusiones..... | 113 |
| Sin sombrero..... | 118 |
| Codo con codo..... | 124 |
| La flor del carbón..... | 131 |
| Aurora..... | 136 |
| Rasgaduras..... | 144 |
| La pesca del rey..... | 151 |
| ¿Me conoces? Te conozco..... | 157 |



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE MÉXICO
DIRECCIÓN GENERAL DE

EXTRACTO DEL
Catálogo general

1905

LÓPEZ DEL ARGO.—MADRID

TOMOS DE MÁS DE 200 PÁGINAS

CON ELEGANTES CUBIERTAS AL CROMO

(Pídase el catálogo ilustrado, que se envía gratis.)

A 75 céntimos

- I.—Noche de amor, por Emilio Zola.
- II.—Imitaciones, por el conde León Tolstói.
- III.—Adulterio, por Adolfo Belot.
- IV.—La mujer del diputado, por Emilio Zola.
- V.—El titiritero de la Virgen, por Anatolio France.
- VI.—Dos queridas, por Alfredo Musset.
- VII.—Misterios del amor, por Enrique Sienkiewicz, autor de *Quo vadis?*
- VIII.—Amores adúlteros, por Dandet, Zola, Maupassant, Coppée, Catulo Mendes, Sudermann, Páin, Karr y otros.
- IX.—Dos aventuras, por el conde León Tolstói.
- X.—Miserias de la vida conyugal, por H. Balzac.
- XI.—Los pecados de la juventud, por E. Souvestre.
- XII.—La señorita de oro, por Catulo Mendes.
- XIII.—La virtud en la deshonra, por Catulo Mendes.
- XIV.—La pequeña emperatriz, por Catulo Mendes.
- XV.—A orillas del mar, por Emilio Zola.
- XVI.—Madre y celestina, por Guy de Maupassant.
- XVII.—Retratos del natural, por Hoffmann.

Biblioteca festiva

CON ELEGANTES CUBIERTAS AL CROMO

TOMOS DE MÁS DE 200 PÁGINAS

A una peseta.

- I.—**Los ratas**, por Julián Castellanos (c).
- II.—**En carne viva**, por el conde Salazar, Zahonero y López Bago.
- III.—**El amor sin velos** (c), por Manuel Varcárcel.
- IV.—**Si te pica... ráscate** (c), colección de cuentos alegres, por autores de buen humor.
- V.—**¡Que colean! ¡Que colean!** por Tirante, Alegría y otros.
- VI.—**¡Vivitos y coleando!** (c), coleccionados por E. Lustonó.
- VII.—**Mostacilla y pimienta** (c), cuentos verdes, de Boccaccio.
- VIII.—**¡Acabaditos de coger!** (c), por lo mejor de nuestro Parnaso.
- IX.—**La pícara Cornelia** (c), por José de Siles.
- X.—**El barón de chicha y nabo** (c), por José de Siles.
- XI.—**La polla de fray Esteban** (c).
- XII.—**El primer polvo**, por Tirante al blanco.
- XIII.—**No mascar ajos** (c), por Tirante al blanco.
- XIV.—**Caramelos de menta** (c), cuentos alegres, por Juan Bubre.
- XV.—**¡Pican... pican?** (c), por Tirante, Amor, Mellan y otros.
- XVI.—**Historias sin camisa** (c) (cuentos crudos), por nuestros mejores literatos.
- XVII.—**Señoritas fáciles** (c), por Arsenio Houssaye.

Los que llevan una (c) tienen cubierta al cromo.

BIBLIOTECA VERDE

De los mejores autores españoles y extranjeros.

A 60 céntimos tomo.

PUBLICADOS

- I.—**Manejo de cuentos muy verdes** (cuentos), por Antonio López del Arco.
- II.—**Aventuras de una querida abandonada** (cuentos), por Houssaye y G. Mendes.
- III.—**Cara ajada** (novela), por la Condesa de Agramonte.
- IV.—**Un marido para las siestas** (novela), por Vicente Moreno de la Tejera.
- V.—**¡No fornicar!** (decálogo-novela), por H. Benotti.
- VI.—**¡Por el pan!** (por E. Sienkiewicz).
- VII.—**Las vírgenes** (novela), por G. D'Annunzio.
- VIII.—**Las mujeres que tiran** (novela) (mosquetazos), por Añhos.
- IX.—**Paños... calientes** (mosquetazos), A-ramis.
- X.—**Buscando el chisme** (novela), por Juan Pascual.

BIBLIOTECA AMOROSA

(COLECCIÓN DIMINUTA)

Con dibujos y fotografías de nuestros mejores artistas.

A 75 céntimos.

- I.—**En busca de una mujer**, por Teófilo Gautier; ilustraciones de Mota.
- II.—**Cosas de mi tierra**, por Arturo Reyes; dibujos de Mota y Cilla; fotografías de varios.
- III.—**La vida en broma**, por Luis Taboada; ilustraciones de Huertas, Cilla, Mecachis, Arberías, Poveda, Verdugo, Montagud y otros.
- IV.—**La divisa verde** (novela), por José Zahonero; ilustraciones de M. Soler; fotografías de varios.
- V.—**La muñeca**, por José Francos Rodríguez; ilustraciones de Montagud.
- VI.—**La última lucha** (novela), por Alfonso Pérez Nieva; ilustraciones de Montagud.
- VII.—**Las coquetas** (novela), por Gabriel Merino; ilustraciones de Poveda.

UNIVERSIDAD NACIONAL AUTÓNOMA DE MEXICO
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"
1626 MONTERREY, MEXICO

TOMOS DE MÁS DE 200 PÁGINAS

CUBIERTAS AL CROMO

A una peseta.

- Para leer en el convento**, por Catulo Mendes.
Cantar de los cantares, por E. Renán.
Contrato del diablo, por Arsenio Houssaye.
Placeres de dos solteras, por un autor de moda.
La cama encantada, por Catulo Mendes.
Sor María de las Nieves, por A. López del Arco.
Los carolinos, por Verner-Von Hiedenstam.
Un precioso testamento, por Rider Haggard.
¡Pobre Lucila! por Wilkirie Collins.
La fortuna de Boris, por Florencio Warden.
El huevo de Colón, por Sinesio Delgado.
Amor que ríe y amor que llora, por Catulo Mendes.
Bocetos literarios, por A. López del Arco; prólogo de A. Sánchez Pérez.
Sin pies ni cabeza, por Juan Pérez Zúñiga.
Cuentos fantásticos, por Hoffmann.
Arte de amar, por Ovidio.

AVENTURAS DEL BARONCITO DE FOBLAS

Doscientas cincuenta ediciones publicadas en francés.

CUBIERTAS EN COLORES

PRIMER TOMO

Horas sexuales.—Un volumen de más de 350 páginas, á 1,50 pesetas.

SEGUNDO TOMO

Castidad vencida.—Un volumen de cerca de 350 páginas, á 1,50 pesetas.

TERCER TOMO

Carne de placer.—Un volumen de más de 200 páginas á una peseta.

A dos pesetas.

- El famoso Colirón** (novela), por José Juan Cadenas.
Memorias de un jesuita, por el R. P. Sarmiento.
Octavo pecado capital, por Arsenio Houssaye.
Tentaciones de San Antonio, por G. Flaubert.
El gobernador de B..., por López del Arco.
Virgenes y cocottes, por Emilio Zola y Catulo Mendes.
Artículos de fantasía, por S. Delgado; ilustraciones de Cilla y Mecachis.
Cuentos nacionales, por Angel R. Chaves.
Los hijos del trueno, por A. R. López del Arco.
Para leer en la cama, por Catulo Mendes y Maupassant.
Vicio amoroso, por Guy de Maupassant.
Cáncer social (novela), por A. López del Arco.

A tres pesetas.

- Siglo pasado**, por Leopoldo Alas (*Clarín*), última producción del eminente crítico.
La corte de los Felipes, por Angel R. Chaves.
Mujeres de teatro (Vida alegre), ilustradas con profusión de fotografías, intimidades de la vida privada de estas mujeres. Seis cuadernos á 50 céntimos cada uno.
Cartas de amor (ilustrada), por Marcel Prevost.
La vida alegre en Madrid, por José Juan Cadenas.
Las rameras de salón (Deshonra y vicios sociales), por Sánchez Señá.
La manceba (Deshonra y vicios sociales) (novela), por Sánchez Señá.

VARIAS

ENCICLOPEDIA DEL AMOR

CON MÁS DE 200 DIBUJOS Y FOTOGRAFÍAS DE LA VIDA ÍNTIMA
Y PRIVADA

SUMARIO

El amor, la mujer y la belleza.—Las morenas, las rubias, las gruesas y las delgadas.—La mujer vestida; desnuda.—Refinamientos de la coquetería.—Manifestaciones y placeres de amor en los distintos países.—Matrimonios y sus fórmulas.—La prostitución y sus leyes.—Extravíos.—Placeres.—Estetas populares.—Frases, anécdotas, pensamientos y resumen de cuanto se ha escrito acerca del amor y de la mujer.

AUTORES DE LA OBRA

Shakespeare, Calulle, Francisco I, Alberto Samain, Soumet, Vigny, Rousseau, Fontaine, Baudelaire, Pitacuss, Levis, Stendhal, Michelet, Esproncera, Rama, Soutra, Alfonso Karr, Mussel, Gullbert, Silvestre, Gautier, Lendos, Firenzuoli, Burel, Geneval, Sieyes, Byron, Lermína, Rosland, Bécquer, Campoamor, Lombroso, Lubrum, Saffo, Wilkowski, Bartel Leudet, Granier, Rohan, Grellety, Simón, Beaurepaire, Victor Hugo, Galarineu, Curros-Enriquez, Manuel Paso, López del Arco.

Contiene pensamientos, artículos, versos, etc., del amor, del vicio y de la mujer. Precio: 5 pesetas.

DIVERSIONES INFANTILES

El mejor regalo para los niños

FÍSICA RECREATIVA.—TRANSFORMACIÓN DE ANIMALES

Con papel ó cartón ejecutar figuras de movimiento y enseñar á los niños en dos lecciones á dibujar sin necesidad de maestro. Retratarse á sí mismo. Construir con cerillas palacios, casas y cuantos objetos estén al alcance de los compradores del libro. Historias graciosísimas. Problemas. Figuras grotescas.

Páginas de música de Chapí, Chueca, Jiménez y Bretón. Dos cuentos por Pérez Zúñiga. Ilustraciones de Montagud.

¡Cerca de 500 dibujos!

Libro que enseña, deleita y nunca se olvida.

3 PSETAS

Totum revolutum (prosa y verso) (ilustrado), por A. López del Arco; prólogo de Carlos Frontaura, á 2,50 pesetas.

Album de las pecadoras (con fotografías), 0,75 pesetas.

La alegría de la huerta (novela), por García Alvarez.

250 fórmulas de frito, á una peseta.

250 fórmulas de postres, helados y budines, á una peseta.

Cocina (en forma de Diccionario para mayor facilidad), por Angel Muro, dos tomos ilustrados con cromos, 20 pesetas.

Guía práctica de la cocina moderna.—Un volumen de cerca de 1.500 páginas y profusión de grabados, á 7 pesetas.

La propiedad, por Thiers, un volumen de cerca de 400 páginas, 2 pesetas.

El contrato social, por J. J. Rosseau, un volumen de más de 200 páginas, 1,50 pesetas.

Cosmopolita, cinco cuadernos, á 0,40 pesetas cada uno.

OBRAS POR CUADERNOS

CON PRECIOSOS CROMOS

A 25 céntimos.

- La Cara de Dios**, por R. Valle Inclán, un volumen. La obra completa, 7,50 pesetas.
La Marsellesa (novela histórica), por Julián Castellanos y Velasco, dos volúmenes. La obra completa, 20 pesetas.

OBRAS ILUSTRADAS

CON PROFUSIÓN DE DIBUJOS ELEGANTEMENTE IMPRESOS

A 2 pesetas.

- Sanguineas**, por Catulo Mendes; ilustraciones de Poveda.
Fábrica de crímenes, por Paul Féval; ilustraciones de Montagud.

BIBLIOTECA PRIVADA

(FOLLETOS DE UTILIDAD)

- Furor de amor**, por Almiro Blay.
Cortesanas, sodomitas y cunucos, por Algimiro Blay.
Placeres desconocidos, por el Dr. Moorne.
Misterios del matrimonio (consejos a las solteras para contraer matrimonio pronto y bien).
La fiebre de los placeres, por el Dr. Moorne.

COLECCION COSMÓPOLIS

- Misterios del mundo** (boceto de novela filosófica), por E. Barricbero, una peseta.
Desde el arroyo, por Eduardo Zamacois; un volumen de más de 200 páginas, una peseta.
La muerta (novela), por Octavio Feuillet; un volumen de más de 300 páginas, una peseta.
Historia de Garibaldi, por Alejandro Lerroux; un volumen de más de 250 páginas, una peseta.
Cómo caen las mujeres.—Interesantísima autología del amor, formada, recopilando los pasajes más notables de las novelas de Balzac, Murger, Zola, Daudet, Flaubert, Prevôts, Gantier, Maupassant, Mirabeau, Pérez Galdós, Valera, Blasco Ibáñez y otros; un grueso volumen elegantemente impreso, 3,50 pesetas.

HISTORIA DE LAS NACIONES

BIBLIOTECA HISTÓRICA

POR ARTURO GILMAN, J. K. HOSMER, S. BARING-GOULD, R. J. CHURCH, J. P. MAHAFFY, STANLEY LANE-POOLE, RAWLINSON, A. VAMBERY, J. E. THOROLD-ROGERS Y OTROS DISTINGUIDOS ESCRITORES DE LA GRAN BRETAÑA Y DE LAS NACIONES MÁS ADELANTADAS DE EUROPA Y AMÉRICA.

Esta *Biblioteca* constará de quince a veinte volúmenes en 8.º mayor, de 350 a 500 páginas cada uno, impresos en excelentes tipos y papel superior.

Cada volumen contiene la historia completa de una nación, de un pueblo ó de una época, formando un todo independiente.

El precio de cada tomo es: en rústica, 7 pesetas, y encuadernado, 8,50 pesetas.

El Antiguo Egipto, por Jorge Rawlinson, catedrático de Historia antigua en la Universidad de Oxford, autor de *Las Cinco grandes monarquías del antiguo mundo oriental*; versión española por D. Eduardo Toda, individuo correspondiente de la Real Academia de la Historia. Obra ilustrada con más de 130 grabados.

Cartago, por el profesor Alfredo J. Church, catedrático de Latin en la Universidad de Londres; versión española por el Excmo. Sr. D. Francisco Fernández y González, catedrático en la Universidad de Madrid é individuo de número de las Reales Academias de la Historia y de San Fernando.

Los Sarracenos, DESDE LOS MÁS REMOTOS TIEMPOS HASTA LA CAIDA DE BAGDAD, por Arturo Gilman; traducida y anotada por D. Francisco Guillén Robles, individuo de número de la Real Academia de la Historia y correspondiente de la de San Fernando.

Caldea, DESDE LOS TIEMPOS MÁS REMOTOS HASTA EL ORIGEN DE ASIRIA, por Zenaide A. Ragozin; de la Sociedad Etnológica de Paris, autora de *Asiria, Media*, etc., obra ilustrada

con más de 125 grabados; versión española por el Excelentísimo Sr. D. Juan de Dios de la Rada y Delgado, Director y catedrático de la Escuela superior de Diplomática é individuo de número de las Reales Academias de la Historia y de San Fernando.

Asiria, DESDE EL ENGRANDECIMIENTO DEL IMPERIO HASTA LA CAIDA DE NINIVE (continuación de *Caldea*), por Zenaide A. Ragozin, de la Sociedad Etnológica de Paris; de la Sociedad Oriental americana; del Ateneo Oriental de Paris. Vertida del inglés por Siro García del Mazo, con prólogo y notas por Manuel Sales y Ferré, catedrático de Historia universal de la Universidad de Sevilla.

Los Godos, por Enrique Bradley; versión española corregida y con advertencia, notas y apéndices por D. Juan Ortega y Rubio, catedrático de Historia de la Universidad de Valladolid é individuo correspondiente de las Reales Academias de la Historia y de San Fernando.

Alemania, por S. Baring-Gould, autor de los *Mitos curiosos de la Edad Media*, vertida al castellano por D. Siro García del Mazo.

Media, Babilonia y Persia, DESDE LA CAIDA DE NINIVE HASTA LAS GUERRAS MÉDICAS, por Zenaide A. Ragozin. Versión española con ampliaciones y notas por D. Manuel Sales Ferré, catedrático de Historia universal en la Universidad de Sevilla.

Historia de Hungría, por Arminio Vambéry, profesor de la Universidad de Budapest, traducida por D. José de Caso, profesor en la Universidad de Madrid y en la Institución libre de enseñanza.

Holanda, por James E. Thorold-Rogers, profesor de Economía política de la Universidad de Oxford, traducida por D. Juan Ortega y Rubio, catedrático de Historia en la Universidad de Valladolid.

Los Judios, por James K. Hosmer, profesor de la Universidad de San Luis, traducción y apéndice por D. Eduardo Toda, correspondiente de la Real Academia de la Historia.

Todos los tomos contienen infinidad de dibujos en fotograbados hechos exclusivamente para esta obra y láminas en negro que adornan el texto.

Museo de Nápoles

IDOLATRÍA DE LOS ÓRGANOS SEXUALES

Gabinete secreto

OBRA PROFUSAMENTE ILUSTRADA

El *Gabinete secreto* del Museo de Nápoles, por las pinturas, bronces y estatuas que encierra, es un precioso archivo revelador de las antiguas costumbres griegas y romanas, en aquel culto idolátrico que rendía la Humanidad al principio generador, representado por Priapo. Aquellos misterios en los que procesionalmente se exhibían *falos* monumentales; aquellas matronas que con *falos* se adornaban; los excesos de las bacanales, los faunos, los sátiros, los refinamientos del lupanar pompeyano, todo está representado en aquel Gabinete, y reproducido en esta obra con el texto explicativo, que nos da á conocer una civilización que habia elevado los placeres genésicos á la categoría de un culto. Se trata, pues, de una obra histórica de altísima importancia, aun refiriéndose á estos desórdenes de la lubricidad, porque nos enseña, con estos documentos históricos gráficos, las aficiones del antiguo Mundo, que llevaba á su mitología confundido el espíritu religioso con el poder generador.

Precio 10 pesetas

VIAJES MORROCOTUDOS

(1.^a, 2.^a, 3.^a y 4.^a JORNADA)

Cuatro tomos, a DOS pesetas cada uno

Tres ediciones van agotadas de esta preciosa obra del popular escritor D. Juan Pérez Zúñiga, y al reimprimirse de nuevo en su cuarta edición, esta Casa editorial, por convenios particulares con el autor, tiene la satisfacción de poder servir las cuatro jornadas que comprende la obra (cuatro tomos), en las condiciones que tiene de antiguo establecidas para los señores correspondientes. Esta nueva edición, que no tardará, seguramente, en ser agotada también, aventaja á las anteriores, en lo que se refiere al lujo de su presentación. Nuestros clientes pueden desde luego honrarnos con sus pedidos.

Ilustraciones de Xaudaró

EN PRENSA

LA CONQUISTA DE UN PLANETA

AVENTURAS MUY EXTRAORDINARIAS

por

LUIS GABALDON

Ilustraciones de MONTAGUD.

Precio DOS pesetas



UNAB

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE BUCARAMANGA

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECA

UNAB